

6. El regreso de lo cotidiano

Como reacción a las teorías estructural-funcionalistas que han dominado durante largo tiempo la escena sociológica, se han ido afirmando gestiones que consagran otras unidades de análisis, la persona, el grupo, las relaciones intersubjetivas en la experiencia de la vida cotidiana. Estas gestiones reaniman los debates, presentes desde los comienzos de las ciencias del hombre y la sociedad, sobre el riesgo de cosificar los hechos sociales, sobre la función del actor con respecto al sistema y el grado de autonomía de las audiencias frente al dispositivo de comunicación.

1. El movimiento intersubjetivo

Etnometodologías

Las corrientes agrupadas bajo la denominación de sociologías interpretativas (interaccionismo simbólico, fenomenología social,

etnometodología) que se han ido desarrollando a partir de los años sesenta en los países anglosajones han ahondado las discrepancias entre estas sociologías atentas a los microprocedimientos y las sociologías llamadas estructurales, interesadas por las coacciones sociales exteriores al individuo y que consagran la primacía de la «sociedad» sobre el individuo, de la estructura sobre la práctica.

Si bien el interaccionismo y la etnometodología encuentran elementos fundadores tanto en la obra de Georg Simmel como en la de George Herbert Mead, estas corrientes se construyen sobre todo en el transcurso de un trabajo de superación progresiva de la sociología parsoniana de la acción. Para Talcott Parsons, como para el conjunto de la sociología llamada objetivista, la acción del actor es el resultado de una imposición de normas por la sociedad y de las disposiciones para actuar que crea. Habiendo interiorizado los actores el sistema de valores fundamental de la sociedad, la cohesión social emerge del reparto de sus objetivos y de sus previsiones. Desde esta perspectiva, lo social es un objeto dado. En los trabajos de Parsons, el saber del actor tiene muy poca importancia; no obstante, su estudio de la racionalidad indica que aquél ocupa implícitamente un lugar en sus análisis, que suponen que el actor adquiere un conocimiento válido del mundo exterior aplicando criterios lógico-empíricos próximos a la gestión científica a través de un proceso de aproximación sucesiva. Ahora bien, la naturaleza y las características de ese saber que los actores aplican a las circunstancias de su existencia y la necesidad de conceptualarlo van a constituir, para un investigador como Harold Garfinkel (1917-1987), los elementos clave de todo verdadero análisis de la acción social. Alumno de Parsons en Harvard, y más tarde docente en la Universidad de California en Los Ángeles, es el fundador de la etnometodología con *Studies in Ethnomethodology*, que se publica en 1967.

La etnometodología tiene como objetivo el estudio del razonamiento práctico de sentido común en situaciones corrientes de acción. Para Garfinkel, considerar los acontecimientos del mundo social desde un punto de vista científicamente adecuado, exterior al objeto, está lejos de representar una estrategia ideal para abordar el flujo de los acontecimientos corrientes. Sería a la vez inútil y paralizador en el análisis de las características de la acción práctica. «La investigación etnometodológica analiza las actividades de todos los días en cuanto métodos de los miembros para hacer estas mismas actividades visiblemente racionales y relacionables (en el sentido de que se puede dar cuenta de ellas) con fines prácticos, es decir, observables y descriptibles (*accountable*) en cuanto orga-

nización de las actividades ordinarias de todos los días. La reflexividad de este fenómeno es una actividad singular de las acciones prácticas, de las circunstancias prácticas, del conocimiento común (*common sense knowledge*), de las estructuras sociales y del razonamiento sociológico práctico. Esta reflexividad nos permite detectar y examinar sus circunstancias: en cuanto tal, establece la posibilidad del análisis de éstas» [Garfinkel, 1967]. El autor insiste en el carácter metódico de las acciones prácticas, y el trabajo del etnometodólogo consiste en identificar las operaciones a través de las cuales la gente se da cuenta y da cuenta de lo que es y de lo que hace en acciones corrientes y en contextos de interacción variados. La etnometodología renueva profundamente la concepción de la relación entre una acción y su contexto [Heritage, 1987]. El contexto influye en el supuesto contenido de la acción, y ésta, a su vez, contribuye también al sentido progresivamente elaborado del contexto, de la propia situación.

El hecho social, por tanto, ya no viene dado. Es el resultado de la actividad de los actores para dar sentido a su práctica cotidiana. El esquema de la comunicación reemplaza al de la acción.

El «análisis de conversación» [Sacks, 1963] es un importante componente de la etnometodología. Lugar privilegiado de los intercambios simbólicos, la conversación se aborda como una acción, ya no para el estudio de la lengua, sino en cuanto práctica de lenguaje, para comprender cómo los locutores construyen las operaciones de esta predominante forma de la interacción social y descubrir los procedimientos y las previsiones por los que se produce y se comprende esta interacción.

Aaron V. Cicourel, profesor en la Universidad de California en San Diego, es sin duda el etnometodólogo que más de cerca se ha interesado por la crítica de la escuela de la *Mass Communication Research*. Desde 1964, en su obra *Method and Measurement in Sociology*, refutaba de forma radical el esquema psico-matemático-lógico que caracteriza este enfoque. El análisis del contenido manifiesto y el método de las técnicas cuantitativas de investigación quedan descartados, por ser incapaces de dar cuenta de la dimensión subjetiva del proceso de comunicación. Se rehabilita al destinatario en su capacidad de producir sentido, de desarrollar procedimientos de interpretación.

Actor/sistema: ¿el final de un dualismo?

La etnometodología se inspira ampliamente en la obra del filósofo y sociólogo austriaco Alfred Schütz (1899-1959), que, exiliado en los años cuarenta en Nueva York, se dedicó al estudio de las bases del conocimiento en la vida cotidiana. Al caracterizar lo cotidiano como un campo privilegiado de estudio para el sociólogo, invita a la sociología a introducirse en el «mundo de la vida» (*Lebenswelt*), un mundo concreto, histórico y socio-cultural, en el que prevalecen las representaciones del pensamiento del sentido común. La etnometodología tomará de Schütz el concepto de «existencias de conocimientos»: el mundo social se interpreta en función de categorías y de construcciones de sentido común, que constituyen los recursos gracias a los cuales los actores sociales logran una comprensión intersubjetiva y consiguen orientarse unos respecto de los otros. Estas existencias de saber disponibles en lo cotidiano y el «mundo de la vida» se distribuyen de forma diferencial, creando una diversidad de los conocimientos en la acción y en la interacción, según los individuos, los grupos, las generaciones y los sexos. Todos viven de las «temporalidades», de los «tiempos sociales» diferenciados que remiten a otros tantos vínculos con el saber, otras tantas posiciones en las redes de relaciones intersubjetivas.

Al pretender poner fin a la separación entre el sujeto y el objeto, el individuo y el otro, esta gestión plantea cuestiones perturbadoras para la teoría social. Aun cuando no se trata de negar el distanciamiento respecto del saber cotidiano, necesario en toda elaboración teórica, esta sociología práctica implica un regreso reflexivo al propio trabajo teórico, en la medida en que se halla implicado en estas redes de interacción concretas. Tal es el desafío metodológico que lanza la sociología de las interacciones sociales por el lugar que concede al punto de vista de los actores en la interpretación del mundo que los rodea. «Ponerse en el lugar del otro», según los términos de G. H. Mead, es lo que intenta realizar el método de la observación participante como manera de obtener el conocimiento.

Al asumir la herencia de Mead, Herbert Blumer inaugura el «interaccionismo simbólico», denominación que crea en 1937. El «interaccionismo simbólico» destaca la naturaleza simbólica de la vida social. Blumer resume en 1969 las tres premisas de esta gestión, que tiene como objetivo el estudio de la interpretación por parte de los actores de los símbolos nacidos de sus «actividades interactivas»: «La primera premisa es que los demás humanos actúan

respecto de las cosas sobre la base de las significaciones que estas cosas tienen para ellos... La segunda es que la significación de estas cosas deriva, o surge, de la interacción social que un individuo tiene con los demás actores. La tercera es que estas significaciones se utilizan con un proceso de interpretación efectuado por la persona en su relación con las cosas que encuentra, y se modifican a través de dicho proceso» [Blumer, 1969].

Par toda escuela interaccionista, las conductas de desviación, las situaciones límite del «uno mismo» amenazado, constituyen un terreno privilegiado: los accidentes del comportamiento humano revelan la trama del entorno social y las reglas constitutivas de los «ritos de interacción». El canadiense Erving Goffman (1922-1983) hace de ello una línea de investigación constante. Su obra revela la figura a la vez clásica y profundamente original de este investigador. Incluido en la tradición teórica y metodológica de la escuela de Chicago y bajo el dominio de Palo Alto, no ha dejado de combinar el interaccionismo simbólico con otros enfoques (el análisis dramático, por ejemplo) para demostrar la retórica de la vida cotidiana: es necesario que nuestros gestos parezcan verdad como en el teatro. En el curso de sus investigaciones, se ha enfrentado a numerosos campos: análisis de conversación, etnografía de la palabra, comunicación no verbal [Goffman, 1967, 1971].

Las sociologías interpretativas han establecido hoy su legitimidad en los Estados Unidos y vencido las resistencias del funcionalismo, cuyos primeros signos de crisis datan de finales de los años sesenta. En 1972 P. F. Lazarsfeld hacía públicos sus temores ante «esa extraña coalición de marxistas macro-sociológicos y etnometodólogos que desean explorar el “verdadero” sentido existencial que subyace a las técnicas de medida» [Marsal, 1977]. Estas corrientes se han desarrollado sobre todo en los países anglosajones y los países de lengua alemana. Su verdadera entrada en Francia no empieza hasta finales de los años setenta, cuando el estructuralismo está en decadencia. La llegada a Francia de estas corrientes coincide en las ciencias de la comunicación con el auge de la problemática de los usos de las máquinas de comunicar. Los primeros estudios de este tipo han tratado, entre otras cosas, la interacción en la conversación telefónica, la reunión de trabajo en visioconferencia y la interacción visiofónica [De Fornel y otros, 1988].

Esta introducción levantó perplejidad. El antropólogo Gérard Althabe lo expresaba bien: «Tales proyectos carecen un tanto de distancia crítica respecto de orientaciones de investigación con las que se vinculan; por un lado, habría que insistir en su origen [G. Símb-

mel, G. H. Mead] y el sentido de su emergencia y de su desarrollo actual (desde hace una quincena de años) en el campo de las ciencias sociales y de la sociedad norteamericana [...]. Conjuntamente sería necesario plantear la cuestión del sentido que toman tales orientaciones en el campo francés de las ciencias sociales (por algunos de sus aspectos, están en ruptura con la tradición sociológica durkheimiana), y los autores de estos estudios deberían explicitar el cauce que los ha llevado a suscribir tales perspectivas. El desdibujamiento de la distancia crítica provoca a menudo la impresión de que estos estudios dependen de una simple práctica imitativa» [Althabe, 1984].

El sociólogo británico Anthony Giddens (nacido en 1938) se introduce en este debate teórico reconociéndole otro componente. Si este pensador procedente del marxismo ha sido uno de los pocos en sostener muy pronto y de forma constante los trabajos de Garfinkel, es porque presentía que el enfoque etnometodológico de este último permitía tal vez superar las discrepancias entre individuo y sociedad, estructura y práctica. Veía en él una vía para salir del cisma entre sociologías interpretativas y sociologías estructurales gracias a una aprehensión de la estructura que rompía con la metáfora de la anatomía de un organismo o del almacén de un edificio. Giddens propone sustituir esta idea de estructura por una «teoría de la estructuración» que recoge la reflexión etnometodológica sobre la «conciencia práctica» y los procedimientos de acción y permite pensar en la imbricación de las prácticas y la estructura, de la acción y la institución, en las relaciones concretas entre prácticas y coacciones exteriores, entre individuo y totalidad social, entre micro y macro.

Más que del dualismo estructura/práctica, Giddens prefiere hablar de la doble dimensión de lo «estructural»: «La dualidad de lo estructural, las propiedades estructurales de los sistemas sociales (escribe en *The Constitution of Society: Outline of the Theory of Structuration* [1984]) son al mismo tiempo el medio y el resultado de las prácticas que organizan de forma recursiva. Lo estructural no es “exterior” a los agentes: en cuanto huellas mnésicas y en cuanto actualizado en las prácticas sociales, es, en sentido durkheimiano, más “interior” que exterior a sus actividades. Lo estructural no es sólo coacción, es al mismo tiempo coactivo y habilitador. Esto no impide que las propiedades estructuradas de los sistemas sociales se extiendan, en el tiempo y en el espacio, bastante más allá del control que sobre ellas pueda ejercer cada actor».

El viraje lingüístico

La lingüística estructural había desatendido al locutor y al receptor. La lingüística de la comunicación o «pragmático-enunciativa» estudia las relaciones que los vinculan, y se ha beneficiado del desarrollo de la filosofía del lenguaje ordinario (escuela de Oxford), de la teoría anglosajona de los actos de habla, de la nueva retórica belga y de la pragmática alemana.

La etnometodología está influida por la teoría de los actos de habla, que rehabilita como actor del discurso al individuo, excluido del juego estructural de los signos, y muy especialmente por el filósofo inglés John L. Austin (1912-1960) y su obra *How to do Things with Words* [1962]. El lenguaje no es solamente descriptivo; es también «realizativo», es decir, enfocado hacia la realización de algo. Se puede incluso afirmar que su verdadera función es realizativa. «Cuando decir es hacer»: por el acto de decir, se puede actuar sobre otra persona, hacerla actuar o hacer uno mismo una acción.

La etnometodología retoma también la noción de «juegos de lenguajes» introducida por Ludwig Wittgenstein (1889-1951) en sus *Investigaciones filosóficas*, publicada en 1953 pero terminada en 1945. En esta obra rompe con el racionalismo intelectualista y con el presupuesto «representacionista» de una correspondencia entre el lenguaje y el mundo. El lenguaje ya no está descrito en sus estructuras formales, sino en el uso práctico que de él se hace en la vida cotidiana. El usuario/sujeto es un determinante clave del lenguaje. El juego de lenguaje es ese lenguaje en uso de la interacción social que se inscribe en una «actividad o una forma de vida». Wittgenstein se dedica a comprender las reglas del saber común, ese saber que «conoce la regla», que conoce el *How to go on*, es decir, la capacidad del saber práctico que posee el usuario para cumplir las rutinas de la vida social.

En 1980 Cicourel propone realizar una amplia alianza interdisciplinaria entre la sociología, la antropología, la lingüística y la filosofía en torno a una «antropo-sociología». Reconociendo las aportaciones de las nuevas filosofías del lenguaje, su proyecto expresa al mismo tiempo los escollos que han de superarse para que este acercamiento se efectúe: la dificultad metodológica de pasar de un análisis limitado a actos de habla muy concretos (por ejemplo prometer, felicitar, dar órdenes) al de situaciones complejas de interacción; la dificultad de pasar de un análisis centrado en el locutor a un análisis que tenga en cuenta a los receptores como colutores; la necesidad de considerar otros «actos de habla», otras

formas de comunicación además de aquellas que permiten las lenguas naturales (gestuales, icónicos, etc.). Otro desafío consiste en la manera en que la sociología puede recoger y desarrollar la noción de «competencia comunicativa» que se halla en el centro de la teoría de los actos de habla y que permite ejecutar las distintas «enunciaciones» realizativas en situaciones determinadas de comunicación. El principal obstáculo es el escaso interés que los lingüistas y la teoría de los actos de habla manifiestan por las formas de organización social complejas.

Desde 1966 Peter Berger y Thomas Luckmann señalaban un obstáculo de igual naturaleza en *The Social Construction of Reality*, una obra importante en la que, inspirándose considerablemente en Alfred Schütz, establecían las bases de una «nueva sociología del conocimiento». «El fracaso de los interaccionistas simbólicos (observaban) en su intento de establecer un lazo entre la psicología social meadiana y la sociología del conocimiento se deduce por supuesto de la “difusión” limitada de la sociología del conocimiento en Norteamérica, pero su base teórica más esencial reside en el hecho de que Mead y sus sucesores no desarrollaron un concepto adecuado de estructura social. Precisamente por esa razón, pensamos, es tan importante la integración de los acercamientos meadianos y durkheimianos. Allí se puede observar que, al igual que la indiferencia de los psicólogos sociales norteamericanos con respecto a la psicología del conocimiento ha impedido a estos últimos vincular su perspectiva con una teoría macrosociológica, la ignorancia total de Mead ha constituido una importante debilidad teórica del pensamiento social neomarxista en la Europa de hoy» [Berger y Luckmann, 1966].

El «actuar comunicativo»: Habermas

Si el viraje lingüístico de los años sesenta ha afectado a las sociologías interpretativas, también ha afectado a los teóricos de las sociologías de la acción. Las nuevas filosofías del lenguaje han inspirado en efecto a Parsons en el último período de su producción científica y su influencia se ha notado igualmente en Jürgen Habermas que, partiendo de las aportaciones parsonianas, elabora en 1981 una sociología del «actuar comunicativo». La acción y la interacción ya no se enfocan sólo como producción de efectos, sino que se analizan como asociadas a tramas de intercambios simbólicos y de contextos de lenguaje. Las actitudes, las opiniones que es-

coltan la acción no pueden dar cuenta ellas solas de la realidad. Habermas rechaza el catastrofismo de Adorno, que interpreta la transformación de la razón en razón instrumental como su perversión radical.

Según Habermas, la sociología crítica debe estudiar las redes de interacción en una sociedad hecha de relaciones comunicativas, la «unión en la comunicación de sujetos opuestos». Al «actuar estratégico», es decir, la razón y la acción con miras estrechamente utilitarias e instrumentales (cuyos medios de comunicación de masas constituyen el dispositivo privilegiado), que se expone a colonizar el «mundo social vivido», Habermas opone otros modos de acción o de relaciones con el mundo que tienen su propio criterio de validez: la acción objetiva, cognitiva que se impone decir lo verdadero, la acción intersubjetiva que pretende el cierto moral de la acción, la acción expresiva que supone la sinceridad. Considera que la crisis de la democracia se debe al hecho de que los dispositivos sociales que deberían facilitar los intercambios y el despliegue de la racionalidad comunicativa se han autonomizado, se administran como «abstracciones reales», haciendo circular ciertamente la información, pero poniendo trabas a las relaciones comunicativas, es decir, las actividades de interpretación de los individuos y de los grupos sociales. Para él la racionalidad no tiene relación «con la posesión de un saber, sino con la forma en que los individuos dotados de palabra y de acción adquieren y emplean un saber». A pesar de ello, cabe preguntarse si las relaciones comunicativas con las que el filósofo alemán establece las bases de lo social no están demasiado calcadas de una concepción del diálogo entre filósofos.

Una notoria polémica lo enfrenta a su compatriota Niklas Luhmann en 1971. A la teoría de Habermas, este último responde proponiendo definir un sistema de comunicación como un «sistema autopoietico». Un sistema está vivo o autopoietico si está operacionalmente cerrado y unido estructuralmente con el entorno (véase el capítulo 7, 1). Tales sistemas regulan las relaciones sociales como variaciones y circulación del sentido. Existen ciertamente perturbaciones de la comunicación, pero son debidas a rigideces en el funcionamiento de los medios de comunicación, a resistencias al cambio y no, como piensa Habermas, a una oposición entre el sistema y el mundo social vivido. Si, para Habermas, la comunicación pretende la intercomprensión y el consenso, para Luhmann se halla desprovista de fin. No implica ninguna discusión, ningún debate sobre los valores. La cuestión principal es el dominio de la complejidad de las relaciones del sistema con su entorno y de su propia

complejidad. Cuanto más libremente circula el sentido, mejor alcanza el sistema este doble dominio.

Con Jean-Marie Vincent cabe sin embargo preguntarse si la noción de racionalidad comunicativa de Habermas no está «considerablemente impregnada de elementos normativos, es decir, no representa un principio de explicación metasocial». Mientras que, en el caso de Luhmann, se puede objetar que «la interacción y la intersubjetividad aparecen singularmente pobres, reducidas a relaciones entre portadores indiferenciados de variaciones del sentido, a relaciones entre sujetos sin subjetividad» [Vincent, 1990].

2. Etnografía de las audiencias

La cuestión del lector

Reaccionando contra la lingüística saussuriana y su definición abstracta y monolítica del sistema de la lengua, Mikhail Bakhtin (1895-1975) le oponía en 1929, en su obra *Marxismo y filosofía del lenguaje*, una concepción «dialógica» del lenguaje, que tenía en cuenta las expresiones concretas de los individuos en contextos sociales particulares. El lenguaje no se puede captar sino en función de su orientación hacia el otro. Para Bakhtin «las palabras son “multiacentuales” y no fijas en el sentido: siempre son las palabras de un ser humano particular para otro, y este contexto práctico dirige y transforma su sentido» [Eagleton, 1983]. Bakhtin admite que el lenguaje no se puede reducir a un reflejo de los intereses sociales, y que por tanto tiene cierta autonomía, pero destaca que está atrapado en redes de relaciones sociales integradas en sistemas políticos, económicos e ideológicos. El lenguaje es el campo de tensiones y de intereses conflictivos. Las evaluaciones de un discurso y las respuestas individuales a un enunciado están lejos de ser uniformes. Están en constante transformación según la historia y la evolución de la subjetividad. En el corazón de esta concepción dialógica del lenguaje se expresa una crítica radical de la definición dogmática de la ideología como conjunto petrificado de afirmaciones generales apartado de lo que Bakhtin llama la «ideología de la vida».

La investigación literaria se había encargado en los años sesenta de despejar la problemática del lector y de la recepción. Ésta va a desarrollarse sobre todo a partir de los países de lengua alemana,

de la escuela de Cosntanza concretamente. La conferencia que pronuncia Hans Robert Jauss (1921-1997) en 1967, que tres años más tarde toma la forma de una obra, *Literaturgeschichte als Provokation*, seguida rápidamente por los libros de Wolfgang Iser: *Der Implizite Leser* [1972] y *Der Akt des Lessens* [1976] lanzan el movimiento. Jauss establece un enfoque, la «estética de la influencia y de la recepción», y lo opone a la estética de la producción y la representación que, según él, caracteriza tanto el enfoque marxista tradicional como el enfoque formalista. Por influencia entiendo la parte que corresponde al texto en la definición de la lectura y el consumo que de ella hace el lector, receptor, público, «compañero» indispensable de la obra literaria. Por recepción entiendo las «concreciones sucesivas de una obra», la relación de diálogo entre el texto y el lector que libera, en cada época, el potencial semántico-artístico de la obra y lo inserta en la tradición literaria. Pero el lector puede ser también un factor de conservadurismo en la medida en que su «horizonte de expectativas», formado con lo que se ha hecho en materia de literatura, ofrece más o menos resistencia a las iniciativas innovadoras del escritor.

Ya en *¿Qué es la literatura?* [1947], J.-P. Sartre destacaba ese «esfuerzo conjugado del autor y el lector que hará surgir ese objeto concreto e imaginario que es la obra del intelecto». Los investigadores, que como Robert Escarpit, se han interesado por el problema de la comunicación literaria citan las reflexiones de Sartre, que ve en la obra el resultado de la acción del autor y del lector. En 1958, en una conferencia presentada en el Congreso internacional de filosofía, que será la base de su obra *La obra abierta* (cuya versión original, italiana, se publica en 1962), Umberto Eco vinculaba esta cuestión de la función cocreadora del lector y el receptor con la propia transformación de la literatura y del arte que pretenden realizar la «ambigüedad como valor», ofreciendo obras manifiestamente abiertas a la multiplicidad de las significaciones. «El artista que produce sabe que a través de su objeto está estructurando un *mensaje*: no puede pasar por alto el hecho de que trabaja para un *receptor*. Sabe que este receptor interpretará el objeto-mensaje aprovechando todas sus ambigüedades, pero no se siente por ello menos responsable de esa *cadena de comunicación*.» En su ensayo sobre «la muerte del autor», el propio Roland Barthes destaca que el sentido último de todo texto cultural es liberado por el lector.

Cultural Studies y estudios feministas

En su prólogo a la obra de David Morley, *Family Television. Cultural Power and Domestic Leisure*, publicada en 1986, Stuart Hall escribe: «Las concepciones monolíticas del espectador, de la audiencia o de la propia televisión están aquí desplazadas (definitivamente, al menos cabe esperarlo) por el nuevo énfasis puesto en la diferencia y las variaciones. Morley ha empezado a realizar la cartografía de las variaciones debidas a los factores que elaboran los contextos sociales de la recepción. Lo que las cartas revelan, en resumen, son las finas interacciones entre el sentido, el placer, el uso y la elección».

La cuestión que había preocupado a Hoggart suscita, en efecto, un interés general en el curso de los años ochenta. En la construcción del sentido de los mensajes, al receptor se le reconoce un cometido activo y se destaca la importancia del contexto de la recepción.

Los investigadores pertenecientes a la corriente de los *Cultural Studies* habían abordado esta problemática con textos significativos publicados por el Centro de Birmingham (véase el capítulo 4, 3). Morley profundiza esta vía en *Family Television*, que explora las interacciones en el seno de la familia alrededor de la pequeña pantalla, en el contexto natural de recepción de la televisión, el universo doméstico. Esta obra pone de relieve el lugar que ocupa la televisión en las actividades de ocio de los distintos miembros de la familia, las lecturas particulares, la distribución desigual del poder de decisión sobre la elección de los programas, los horarios y los diferentes comportamientos de recepción. El trabajo etnográfico se efectuó con dieciocho familias blancas que vivían en el sur de Londres, compuestas de dos adultos con dos o más niños de menos de dieciocho años, poseedoras de un aparato de vídeo y pertenecientes en su mayoría a la clase obrera o a una clase media baja. La muestra permitió observar los contrastes entre familias de diferentes posiciones sociales desde el punto de vista de la renta, ciertamente, pero también del capital cultural, y entre familias con hijos de edades distintas. Después del norteamericano James Lull, Morley se dedica muy especialmente a la cuestión de las relaciones de poder entre los sexos, relaciones que el uso de la televisión y la recepción de los programas hacen aparecer.

Lull confluye aquí con una corriente ya afirmada de estudios feministas y, por otro lado, apela abiertamente a los trabajos que la norteamericana Janice Radway publica entre 1983 y 1985 sobre la afición de las mujeres por la literatura sentimental (*romance fic-*

tion). Esta corriente se había desarrollado a partir de la «teoría feminista del filme», que se apoya en el psicoanálisis y la semiología del cine. En 1975 la británica Laura Mulvey publica en la revista *Screen* «Visual Pleasure and Narrative Cinema», donde muestra que el mundo hollywoodiense identifica el placer con el punto de vista masculino y reflexiona sobre el hecho de que las espectadoras sean llevadas a compartir, de forma masoquista, este placer. Después de haber inspirado una importante línea de investigación, este artículo ha suscitado una gran controversia en la teoría del filme y los *media studies* feministas, y las tesis serán modificadas por la propia autora. La reflexión sobre las interacciones entre texto, contexto y público femenino trata pronto el estudio de los géneros que la televisión destina más especialmente a esta categoría de la audiencia, el serial, que se impone de forma natural como género que, desde los comienzos de la industria de la cultura, busca y encuentra mayor acogida entre las espectadoras (de determinadas capas sociales). Estos estudios muestran cómo el serial construye su modo de aproximación sobre las expectativas de estas espectadoras, respondiendo a las responsabilidades, a las tensiones y a las rutinas cotidianas ligadas al contexto de su vida familiar, a las competencias tradicionalmente asociadas a su estatus en el seno de la pareja y del hogar [Mattelart M., 1986]. En la tradición anglosajona, esta corriente está bien ilustrada. Citemos, entre muchas otras, a las norteamericanas Ann Kaplan [1983] y Tania Modleski [1984], la británica Charlotte Brunsdon [1981] y la holandesa Ien Ang [1985].

El antropólogo norteamericano Clifford Geertz constituye una de las principales referencias teóricas de esta corriente. La cultura, para él, no es «un poder, algo con lo que los acontecimientos sociales, los comportamientos, las instituciones o los procesos puedan ser relacionados de forma causal» [Geertz, 1973]. Es más bien «una compleja red de significaciones» que da un sentido común o público a los comportamientos y los discursos de los actores individuales. La tarea del antropólogo consiste en describir la singularidad de los comportamientos y los discursos de estos actores individuales a través de lo que Geertz llama una «descripción densa» (*thick description*) de la acción social, que pretende establecer la significación que para los actores tiene su comportamiento y denunciar, sobre la base de estas conjeturas, lo que esto revela de la vida social. El análisis de los sistemas simbólicos no es por tanto una «ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones», y hay que aceptar la condición intrínsecamente fragmentaria e incompleta del análisis cultural.

Usos y gratificaciones

En los años setenta, la sociología funcionalista se abrió asimismo a los estudios etnográficos sobre la audiencia y la recepción, por obra de la corriente llamada de los *Usos y gratificaciones*, que se interesa por las «satisfacciones de los usuarios», planteando la pregunta: ¿qué hace la gente con los medios de comunicación? [Blumler y Katz, 1975]. Elihu Katz, una de las figuras de esta corriente sociológica, ha explicado cómo ésta evolucionó hacia esta problemática. Se alejó de las «teorías de los efectos directos» (la hipótesis conductista y sus variantes) e intentó superar las «teorías de los efectos indirectos o limitados», especialmente la teoría difusionista y los «estudios de *agenda setting*»: para estos últimos, los medios de comunicación nos dicen no lo que hay que pensar, sino en qué hay que pensar; cumplen la función de un «maestro de ceremonias» o incluso de un tablón de anuncios en el que se anotarían los problemas que deben ser objeto de debate en una sociedad. Estas teorías se llaman «teorías de los efectos limitados» porque la prescripción de un *agenda setting* no impide a las redes de relaciones interpersonales cumplir su función de mediador. La influencia de los medios de comunicación es limitada (la «selectividad» de los receptores le supone un obstáculo); no puede ser directa (hay relevos); no puede ser inmediata (el proceso de influencia necesita tiempo) [Katz, 1990].

La corriente de los *Usos y gratificaciones* profundiza en los años ochenta en su propia noción de lectura negociada: el sentido y los efectos nacen de la interacción de los textos y las funciones asumidas por las audiencias. Las descodificaciones se vinculan con la implicación de éstas; esta implicación depende a su vez de la forma en que las diferentes culturas construyen la función del receptor. La serie de televisión *Dallas* permite verificar estas hipótesis. Un equipo dirigido por Tamar Liebes y Elihu Katz, vinculados con la Universidad de Jerusalén, lleva a cabo una serie de encuestas para analizar las lecturas singulares que grupos particulares en el seno de culturas diferentes efectúan de este programa que se emite en todas las televisiones del mundo: palestinos en Israel, judíos marroquíes, norteamericanos de California [Liebes y Katz, 1991].

Katz se basa en estos estudios que rehabilitan la actividad del receptor para afirmar una convergencia entre la teoría crítica y los herederos de la sociología funcionalista. Esta convergencia se puede ilustrar con la afirmación que hace Morley de la inspiración que ha buscado en algunas intuiciones de los *Usos y gratificaciones*.

El hecho de que unos y otros traten este tema durante largo tiempo fuera de las preocupaciones de la investigación no basta, sin embargo, para reunir autores cuyos presupuestos epistemológicos pueden divergir considerablemente. Este movimiento generalizado hacia el receptor ha sido objeto, por otro lado, de una discusión apasionada que destaca sus ambigüedades [Dahlgren, 1985; Sfez, 1988; Curran, 1990; Wolf, 1990; Dayan, 1992; Silverstone, 1994; Mata, 1995; Schmucler, 1997; Mattelart y Neveu, 1997].

El consumidor y el usuario: apuestas estratégicas

El interés de analizar las lecturas y usos diferenciados no plantea, sin embargo, duda alguna. Pero hay que precisar, en efecto, que esta nueva gestión se expresa en un contexto muy particular que puede mantener la confusión. La recepción y el individuo-consumidor ocupan un lugar central en la concepción neoliberal de la sociedad. No se trata de cualquier consumidor, sino de un consumidor llamado soberano en sus elecciones, en un mercado llamado libre. De ahí las derivas neopopulistas de algunas teorías de la recepción. Algunos estudios comparativos sobre las interpretaciones diferenciadas que efectúan los consumidores a partir de su propia cultura ayudan a borrar la cuestión del poder de la comunicación, que tanto obsesionaba a las generaciones anteriores. Llegan con sordina a la siguiente conclusión: como el poder de los emisores es muy relativo, contrariamente a lo que pudiera creerse, la idea de un emisor más poderoso que otro, al igual que la necesidad de una economía política establecida bajo un signo crítico, pierden en gran parte su pertinencia. En efecto, ¿de qué sirve apenarse sobre el intercambio desigual de los programas de televisión o las películas en el mercado internacional de lo audiovisual si el poder del sentido está en manos del consumidor? Por simplista que parezca, este argumento contribuye implícitamente a invalidar la cuestión tanto de las determinaciones sociales y económicas del consumo individual como de la producción y el consumo nacional de programas y películas. La opción por un interés exclusivo por el tema de la recepción destaca en el momento en que la hegemonía de los productores de los Estados Unidos está en el centro de las discusiones sobre el libre cambio y la libre circulación de los flujos en materia audiovisual que se desarrollan en el seno de instancias internacionales.

De forma más general, la valoración de las capacidades de resistencia de las audiencias puede también contribuir a dejar en la

sombra los imperativos de conocimiento del consumidor que acompañan el nuevo despliegue de orden social y productivo [Mattelart M. y A., 1987]. Si bien el fordismo y el taylorismo se caracterizaron por la racionalización del proceso de producción, basándose en el conocimiento de la mecánica de los gestos del obrero, la racionalidad cibernética contemporánea moviliza el conocimiento en función de las necesidades de administrar, no sólo la producción, sino también el consumo. *Terra incognita*, el consumidor se convierte, en efecto, en objeto y sujeto de investigaciones, como lo demuestra el auge de las técnicas de medida de los objetivos y los «estilos de vida», afinadas sin cesar gracias a las tecnologías informáticas de producción y de almacenamiento de datos sobre el individuo y los grupos. La acción-conocimiento que se ejerce en su lugar busca tanto descomponer sus movimientos de consumidor como sondear sus necesidades y sus deseos. El saber sobre estos movimientos y estos deseos alimentará la circularidad programación-producción-consumo, siempre inestable pero tendida hacia la integración funcional y afectiva del consumidor en el dispositivo.

Esto es lo que parecen ignorar, en su júbilo al ver cómo se vienen abajo los postulados de una sociología del poder y la reproducción social, investigadores que no dudan en escribir: «Los programas son producidos, distribuidos y definidos por la industria. Los textos son el producto de sus lectores» [Fiske, 1987].

En Francia, a diferencia del mundo anglosajón, la investigación prefiere hacer hincapié en los mecanismos de socialización de las máquinas de comunicar (tal vez incitada a ello por el éxito del minitel). La investigación se preocupa por construir una opción sociopolítica de los usos de las nuevas tecnologías de información y comunicación. Diversos investigadores destacan la importancia de la mediación y la interacción en la construcción colectiva del objeto técnico y demuestran que la formación del uso social de estas técnicas descansa en complejos procesos de enfrentamiento entre la innovación técnica y la innovación social [Boullier, 1984; Laulan, 1986; Jouët, 1987, 1993; Perriault, 1989; Flichy, 1991; Moeglin, 1991, 1994; Vedel, 1994; Vitalis, 1994].

En 1980, en *Arts de faire. L'invention du quotidien*, Michel de Certeau (1926-1986) había abierto la vía a esta problemática de los usos y las «maneras de hacer» de los usuarios, insistiendo en la capacidad de éstos para desviar, rodear la racionalidad de los dispositivos colocados por el orden estatal y comercial. Como contrapunto de los análisis de Michel Foucault sobre las «redes de la tecnología observadora y disciplinaria», Certeau pensaba que era

fundamental explorar las «redes de la antidisciplina». Citado exhaustivamente en los estudios sobre la recepción y la mediación, en ocasiones se utiliza a Certeau para garantizar la idea de que, desviado por los múltiples procedimientos de consumo, el poder ya no existe. Ahora bien, los análisis de Michel de Certeau están animados por la íntima convicción de que los dispositivos de sometimiento siguen estando presentes. Él quería precisar la naturaleza de estas «tácticas», de estas «operaciones» de los usuarios que, en cuanto *relaciones de fuerza*, definen las redes en las que se integran y definen las circunstancias de las que pueden beneficiarse. «Se trata (escribía) de combates o de juegos entre el fuerte y el débil, y de las "acciones" que el débil puede aún ejercer» [Certeau, 1980].

Michel de Certeau: la cultura del consumo

El análisis de las imágenes distribuidas por televisión, del tiempo que pasamos ante el aparato, de las elecciones hechas por los usuarios, etc., no dice nada de lo que el consumidor *fabrica* durante esas horas y con esas imágenes. Ahora bien, toda la cuestión está ahí: ¿cuál es la fabricación del practicante en los espacios impuestos de la ciudad, el supermercado, los medios de comunicación, las oficinas, etc.? Cada vez lo sabemos menos, a medida que la extensión totalitaria de los sistemas de producción ya no deja a los consumidores un lugar en el que indicar lo que hacen con los productos, y a medida que, participan-

do de la lógica de estos sistemas, los aparatos científicos miden el avance de estos productos en las redes de un orden económico, pero permanecen ciegos sobre el uso que los practicantes hacen de ellos. A una producción racionalizada, tan expansionista como centralizada, ruidosa y espectacular, corresponde otra producción (calificada de «consumo»), astuta, dispersa pero que se insinúa por todas partes, silenciosa y casi invisible, ya que no se destaca con productos propios sino por su modo de emplear los productos impuestos por un orden económico dominante («Entretien», *Le Monde*, 31 de enero de 1978).

7. La influencia de la comunicación

La vuelta de la teoría al vínculo social construido en la comunicación ordinaria se opera en un momento en que complejos sistemas tecnológicos de comunicación e información ejercen una función estructurante en la organización de la sociedad y el nuevo orden del mundo.

La sociedad se define en términos de comunicación. Y ésta en términos de red. La cibernética desplaza a la teoría matemática de la información.

1. La figura de la red

Crítica del difusionismo

En los años sesenta Everett Rogers había limitado la definición de la innovación a lo que «se comunica a través de ciertos canales,

mientras transcurre el proceso, entre los miembros de un sistema social». La innovación consistía en transmitir un dato de cuya utilización había que persuadir a los futuros usuarios. Este modelo se integraba en una concepción unívoca del progreso, la modernización o la adopción de las innovaciones que aportan necesariamente el «desarrollo». Esta manera de ver vinculaba el rechazo con la persistencia de rasgos característicos de las culturas llamadas tradicionales. La estrategia difusionista se confundía, en la práctica, con la del marketing de productos (véase el capítulo 2, 2).

Unos veinte años más tarde, Rogers revisó esta teoría. Juzgándola demasiado vinculada con la teoría matemática de la información, la criticaba por su tendencia a olvidar el contexto, a definir a los interlocutores como átomos aislados, y sobre todo a descansar en una causalidad mecánica, de sentido único. A cambio, proponía una definición de la comunicación como «convergencia», «un proceso en el que los participantes crean y comparten información a fin de llegar a una comprensión mutua» [Rogers y Kincaid, 1981]. Sustituía el viejo modelo difusionista por el «análisis de la red de comunicación» (*communication network analysis*). La red se compone de individuos conectados unos con otros por flujos estructurados de comunicación.

Este modelo implicaba nuevos procedimientos de investigación consistentes en identificar: 1) grupos afines, llamados *bandas* o subsistemas de comunicación en un sistema general; 2) *individuos-puente*, que vinculan entre sí dos o varias «bandas» a partir de su condición de miembro de una «banda»; 3) *individuos-enlace*, que vinculan dos o varias «bandas», pero sin ser miembros de ninguna. Este modelo quedaba confinado a la problemática de la adopción de la innovación, y se legitimaba por referencia a Gregory Bateson y su ecología del intelecto, a Georg Simmel y su idea de la red de afiliaciones, así como a la sociometría de Jacob L. Moreno (1892-1974). Este psicólogo social de origen rumano, afincado en los Estados Unidos, había proporcionado una base metodológica para medir las diferentes variables de una «red» de relaciones y cuantificar los modelos de comunicación interindividual en un sistema. El esquema o sociograma, al indicar las actitudes positivas y negativas de los miembros de un grupo y designar a los individuos clave o líderes, constituía un paso esencial en la investigación de la «comunidad armónica» [Moreno, 1934]. La evolución de las técnicas ligeras de comunicación (vídeo, microinformática) que se perfilaba parecía favorecer este advenimiento del modelo horizontal que Rogers oponía al pesado dispositivo de los medios de comunica-

ción centralizados, a partir de los cuales el difusionismo había construido su esquema vertical de persuasión.

En 1982 Rogers declara que están dadas las condiciones para un acercamiento entre la «investigación crítica» y lo que él llama la «investigación empírica», lo que provoca una polémica en el campo de la investigación crítica sobre comunicación en los Estados Unidos. Rogers justifica ese acercamiento, impensable unos años atrás, a partir del hecho de que la escuela empírica había comprendido que era necesario integrar en su marco de análisis la cuestión del contexto de la comunicación, los aspectos étnicos del proceso de comunicación y de los métodos plurales. Pero la proposición de Rogers se interpreta no como una posibilidad de diálogo, sino como la manifestación de la voluntad de negar las diferencias de orden epistemológico y de escamotear un punto esencial, ligado con la definición de lo político: las condiciones de ejercicio del poder, la relación entre poder y conocimiento y el reconocimiento de las estructuras organizativas e institucionales [Slack y Allor, 1983].

El deseo (que es también el de Katz) de hacer converger investigación empírica e investigación crítica indicaba un nuevo estado mental. La red sirve para hacer olvidar una sociedad profundamente segregada y para proponer una visión armónica de ésta. En el momento en que las exclusiones se manifiestan con fuerza, la «ideología de la comunicación, el nuevo igualitarismo, por medio de la comunicación cumple su función de legitimación» [Mattelart A. y M., 1986].

En los años ochenta, inaugurando una antropología de las ciencias y las técnicas, Bruno Latour y Michel Callon, dos investigadores del Centre de sociologie de l'innovation de la École des mines de París, elaboraban también una problemática de la red oponiendo al modelo difusionista el modelo de la «traducción» o de la construcción socio-técnica [Callon, 1986; Latour, 1987]. Frente a la idea de que la técnica y la ciencia vienen dadas, proponen captarlas en acción, estudiar cómo se construyen. En ellas ven un doble conjunto de estrategias, un juego de fuerzas: una estrategia de movilización de los actores humanos (el viento, la arena, el hormigón, las corrientes marinas, las larvas de los moluscos, por ejemplo). «Traducir» es poner en la red elementos heterogéneos; mediante la traducción se captan los elementos heterogéneos y se los articula en un sistema de interdependencia. Los innovadores deben hacerse aliados, convertirse en portavoces, con tácticas de captación del interés que llevan a sus interlocutores, humanos y no humanos, a nue-

vas redes, nuevas series de alianzas. Así es como se hace creíble un enunciado científico particular.

Esta gestión se niega a enfocar lo «social puro» limitado a las relaciones entre los humanos, y postula la interpenetración de los vínculos de los hombres con la naturaleza y los objetos técnicos. El lazo social entra en la máquina.

Si bien se suele admitir el valor heurístico del modelo de la «traducción», algunos sociólogos de la comunicación le dirigen dos reproches distintos. Así, Louis Quéré objeta el riesgo de sobrestimar la libertad de maniobra del actor y del actor-red al atenuar las dimensiones normativas del lazo social, es decir, la idea de que el lazo social no se establece sobre una base de arbitrariedad y azar. La segunda objeción se dirige a la concepción de la técnica y recuerda las coacciones inherentes al propio objeto técnico, sus lógicas internas, que Louis Quéré destaca siguiendo al pensador de la técnica que fue Georges Simondon: «Al deshacerse de una esencia de la técnica, se corre el riesgo de excluir también el principio mismo de un funcionamiento operativo de la máquina que implica un encañamiento regulado de mediaciones organizadas más que otras cualesquiera, arbitrarias» [Quéré, 1989; Simondon, 1969].

Las ciencias cognitivas

«Conocer el acto de conocer», éste es el objeto de las ciencias cognitivas. Su campo es la «cognición», el conocimiento no como estado o contenido, sino como actividad. Hay procesos, que tienen lugar tanto en el mundo vivo como en el de las máquinas «inteligentes», que estudian los mecanismos de formación de los conocimientos. Su emergencia no puede desligarse de la tecnología cognitiva, de las máquinas de pensar que reproducen las actividades mentales (del orden de la comprensión, de la percepción o de la decisión). Estas ciencias no constituyen un saber unificado, sino una amplia encrucijada en la que se cruzan diversas disciplinas (la neurología, la biología, la psicología, la lingüística, la antropología) y en el seno de éstas unos enfoques no forzosamente compatibles.

Las ciencias cognitivas se formaron en los Estados Unidos en los años cuarenta, con el movimiento cibernético, contemporáneo del advenimiento de la teoría de la información, y el desarrollo de la lógica matemática para describir el funcionamiento del sistema nervioso y del razonamiento humano. Prosiguieron con la hipótesis cognitivista a partir de la segunda mitad de los años cincuenta,

según la cual la inteligencia (incluida la inteligencia humana) se asemeja tanto a un ordenador que la cognición puede definirse como la *computación* de representaciones simbólicas, definiéndose los símbolos como «elementos que representan aquello con lo que se corresponden». La inteligencia artificial (IA) será su proyección literal. En el centro de la hipótesis cognitivista, la noción de *representación* induce una manera de comprender el funcionamiento del cerebro como dispositivo de tratamiento de información que reacciona de forma selectiva ante el entorno, ante la información que llega del mundo exterior. La inteligencia artificial considera a la organización como un sistema abierto en constante interacción con ese entorno, con *inputs* y *outputs*.

Dos biólogos chilenos, Humberto Maturana y Francisco J. Varela, refutan esta concepción del sistema abierto desarrollando la idea de autopoiesis y de sistema autopoietico (del griego *autós*, uno mismo, y *poieîn*, producir). «Un sistema autopoietico está organizado como una red de procesos de producción de componentes que con sus transformaciones y sus interacciones *a*) regeneran continuamente la red que los ha producido, y que *b*) constituyen el sistema en cuanto unidad concreta en el espacio en el que existe, especificando el campo topológico en el que se realiza como red» [Maturana y Varela, 1980].

La organización autopoietica implica la autonomía, la circularidad, la autorreferencia. «Una máquina autopoietica engendra y especifica continuamente su propia organización. Cumple este incesante proceso de reemplazo de sus componentes porque está continuamente sometida a perturbaciones externas, y constantemente forzada a compensar estas perturbaciones. Así, una máquina autopoietica es un sistema homeostático (o mejor aún, de relaciones estables) cuya invariante fundamental es su propia organización (la red de relaciones que la define)» [Varela, 1979]. La noción de representación cubre los gastos de la crítica: para las escuelas representacionistas, una entidad cognitiva hace siempre referencia a un mundo preexistente. En cambio la información, en el enfoque autopoietico, no está preestablecida como orden intrínseco, sino como un orden emergente de las propias actividades cognitivas. Lo propio de nuestra actividad cognitiva cotidiana es el *hacer emerger*, «creador de un mundo». «La cognición es el advenimiento conjunto de un mundo y una idea a partir de la historia de las diversas acciones que cumple un ser en el mundo» [Varela, 1988]. La *enacción* es el término elegido por los dos biólogos para denominar esta operación.

Si bien las ciencias cognitivas han nacido en la costa este de los Estados Unidos y más concretamente en el MIT, la teoría de la auto-poiesis y la enacción pretende marcar un corte con una ciencia occidental que se ha construido en ruptura con la experiencia humana, con la forma en que el individuo percibe las cosas. Se interesa, por el contrario, por la «integración corporal del espíritu», título de una de las obras [1993] de Varela escrita en colaboración con Evan Thompson y Eleanor Rosch. En ella establece un diálogo con la psicología meditativa del budismo, y reivindica la herencia de la tradición fenomenológica (la de Husserl, pero sobre todo la de Merleau-Ponty), la crítica de la representación efectuada por Foucault, «pensadores que se han preocupado del fenómeno de la *interpretación* por entero, en su sentido circular de lazo entre acción y saber, entre el que sabe y lo que se sabe». De esta circularidad acción/interpretación quiere dar cuenta la expresión «hacer emerger».

Al ser *minoritario* en el mosaico de las ciencias cognitivas, este enfoque que pretende describir la coemergencia del individuo y de los universos sociales tiene el mérito de recordar que las capacidades cognitivas del individuo están vinculadas no sólo a un cerebro, sino también a un cuerpo, a diferencia de algunos sectores de las ciencias cognitivas que reducen la inteligencia humana a un sistema mecánico. La inclinación hacia conceptualizaciones totalizadoras que caracteriza a estos últimos se expone a hacerlos avanzar muy lejos en la biologización de lo social y a sellar su connivencia con el regreso que efectúan las tesis darwinistas a favor del neoliberalismo. Allí residen los desafíos contradictorios que las ciencias de la organización de lo vivo lanzan a las ciencias sociales de la comunicación.

2. Mundo y sociedades

El planeta híbrido

Si bien la tensión entre lo micro y lo macro atraviesa las sociologías interpretativas, está *asimismo* implicada en la economía política crítica de la comunicación que reflexiona sobre la complejidad del lazo que, en la era de las redes transfronterizas, une los territorios particulares en el espacio-mundo. Para dar mejor cuenta de esto, se establecen nuevas configuraciones transdisciplinarias, donde participan la historia, la geografía, la geopolítica, las cien-

cias políticas, la economía industrial y la antropología. Cada una de estas especialidades contribuye a ello en grados muy distintos en la medida en que no todas experimentan la misma necesidad de anudar lazos para analizar la nueva importancia de las redes de comunicación. Si la internacionalización ya no es lo que era en los tiempos en que los conceptos de dependencia y de imperialismo cultural podían aún permitirse aprehender el desequilibrio de los flujos mundiales de información y comunicación, es porque nuevos actores han aparecido sobre una escena a partir de ahora transnacional. Los Estados y las relaciones interestatales ya no son el único eje del ordenamiento del mundo. Las grandes redes de información y comunicación con sus flujos «invisibles», «inmateriales», forman «territorios abstractos» que escapan a las viejas territorialidades.

También los teóricos de las nuevas «empresas globales» o transnacionales, estos «intelectuales orgánicos» del pensamiento empresarial, experimentan esta tensión entre micro y macro. Convertidos en productores de teorías y doctrinas, enturbian el campo conceptual de la comunicación en la era de la mundialización: el dominio de la noción de «globalización» es uno de sus ejemplos más ilustrativos.

La consagración de este término, procedente de una concepción empresarial de la organización de la economía mundial, coincide con el proceso de liberalización y privatización de las redes de comunicación. Este proceso comenzó en los años setenta en los Estados Unidos, con la liberalización de las actividades bancarias, pero se extendió realmente a partir del desmantelamiento en 1984 de la sociedad ATT (American Telegraph & Telephone), el cuasi monopolio privado de las telecomunicaciones; desde entonces no ha dejado de adquirir una dimensión planetaria, interesando a los sectores de actividad económica más diversos. La liberalización significa el desplazamiento del centro de gravedad de la sociedad hacia el mercado. El mercado se convierte en el principal factor de regulación. A medida que los valores de la empresa y del interés privado se iban haciendo predominantes, coincidiendo su desarrollo con el retroceso de las fuerzas sociales y la retirada del servicio público y del Estado-nación-providencia, la actividad comunicativa cambiaba de naturaleza y de rango: se profesionalizaba, irrigando numerosos campos de competencia y peritación, multiplicando sus oficios. El modelo empresarial de comunicación se promovió como una tecnología de gestión de las relaciones sociales y se impuso como el único modo «realizativo» para establecer el lazo con los distintos componentes de la sociedad. Este marco empresarial experimenta-

do en el mercado se ha convertido en la única referencia para las estrategias de comunicación de las instituciones estatales, de las asociaciones humanitarias y de las colectividades locales y territoriales.

Al final de la década marcada por la liberalización, la idea de la globalización y de la «estandarización universal» se ha conjugado con la tesis del «final de la historia». Francis Fukuyama fue su difusor, pero ya estaba presente en los análisis de la «sociedad global» de Zbigniew Brzezinski (véase el capítulo 5, 2). La globalización traduce una forma de concebir el orden del mundo según los principios del único sistema que ha sobrevivido a la «guerra fría»: el régimen capitalista de producción de bienes, cuyo nombre se acalla desde que, tras la caída del muro de Berlín, ha cobrado carta de naturaleza como el único modo posible de vida, de cultura, de desarrollo y de democracia. Este sistema tiene sus cabezas de redes, las nuevas grandes unidades económicas, cuya súbita vocación cívica, proclamada con gran refuerzo de estrategias de creación de imagen, no puede hacer olvidar la ley que las establece: la búsqueda del beneficio y el interés exclusivo por los sectores sociales solventes.

Las visiones críticas rechazan esta nueva idea totalizante y totalizadora, según la cual la humanidad habría alcanzado por fin un horizonte insuperable. Dan a las nociones de «mundialidad» y de espacio-mundo su carácter de construcción social. Las conectan de nuevo con la historia y demuestran en qué son componentes del «capitalismo mundial integrado» [Guattari, 1987]. Reinsertan esta economía de los flujos inmateriales en la memoria de sus orígenes materiales. El concepto de «comunicación-mundo», inspirado en el de «economía-mundo», sirve para proseguir el análisis de este nuevo espacio transnacional jerarquizado: la pesada lógica de las redes imprime su dinámica integradora, produciendo al mismo tiempo nuevas segregaciones, nuevas exclusiones, nuevas disparidades [Mattelart A., 1992, 1994]. El «sistema mundial» se organiza sobre el modo hanseático, es decir, alrededor de algunos puntos a los que llegan los grandes flujos de la economía mundializada, megaciudades o megarregiones, en su mayoría en el norte, a veces en el sur, polos del «poder triádico» (Unión Europea, América del Norte y Asia Oriental), según la expresión del japonés Kenichi Ohmae [1985], teórico del *management* transfronterizo. El mundo «global» es el *global marketplace*; se define a partir de los polos que irradian ese poder. A pesar de sus propios desequilibrios sociales, los grandes países industriales hacen siempre las veces de referencia única. La teoría difusionista, expulsada por microsociologías que pueden re-

velarse ingenuas frente a estas relaciones de fuerza, hace su entrada subrepticamente.

Los años setenta estuvieron marcados por el estudio de las lógicas de desterritorialización, y recalcaron las estrategias de los macrosujetos (Estados-nación, grandes organismos internacionales, empresas multinacionales). Las problemáticas de las décadas siguientes están más atentas a las lógicas de reterritorialización, a los procesos de mediaciones y negociación entre las coacciones exteriores y las realidades singulares. El cuestionamiento de la concepción esencialista de lo «universal» y del logos occidental suscita otros actores en la producción de conceptos y teorías. Lo atestiguan los estudios antropológicos sobre las culturas transnacionales y las identidades en lucha con los flujos de la modernidad global que, tanto en Asia como en América Latina, reflexionan sobre los complejos procesos de apropiación y reapropiación, de resistencias y mimetismos. Nuevos conceptos expresan ese deseo de aproximarse mejor a esas finas articulaciones: criollaje, mestizaje, hibridación o modernidad alternativa [Martín Barbero, 1987; Ortiz, 1988; García Canclini, 1990; Appadurai, 1990]. Ese mismo deseo inspira las investigaciones sobre la genealogía de los géneros de las industrias audiovisuales locales que suscitan la adhesión del gran público en los territorios particulares [Sarló, 1985; Allen, 1995; M. y A. Mattelart, 1987; Martín Barbero y Muñoz, 1992; Ortiz, Borelli y Ortiz, 1989; Mazziotti, 1996]. En América Latina, estos análisis han suscitado interrogantes originales sobre la articulación entre las culturas populares y la producción industrializada de la cultura. En la misma dinámica, se han desarrollado los estudios sobre la recepción del género «telenovela» por parte de los sectores populares. Estos saberes sobre las prácticas sociales y culturales han servido para construir metodologías pedagógicas activas que abordan en una perspectiva crítica los diversos programas de la televisión y de la radio como vectores de conocimiento [Martín-Barbero, 1987; Fuenzalida y Hermosilla, 1991; Ceneca, 1992; Orozco Gómez, 1996].

La multiplicación de las formas de comunicación, puestas en marcha por las organizaciones no gubernamentales o por otras asociaciones de la sociedad civil, constituye otra realidad inédita del proceso de mundialización; estas nuevas redes sociales forman parte en lo sucesivo del debate sobre la posibilidad de un espacio público a escala planetaria. En todas las latitudes, la problemática de la mutación del espacio público, nacional e internacional, tiende, por otro lado, a ocupar un lugar importante en los enfoques críticos inspirados por la sociología, la ciencia política y la economía polí-

tica [Quéré, 1982; Garnham, 1990; Keane, 1990; Miège, 1989, 1990; Schlesinger, 1991; Raboy y Dagenais, 1992; Neveu, 1994; Bautier, 1994].

Esto tiene lugar en un contexto en el que los términos de la cuestión del desequilibrio de los flujos de comunicación han cambiado tanto que algunos se permiten negar la persistencia de un intercambio desigual. Estas discusiones tendrán lugar en adelante en el seno de organismos como el GATT, transformado en 1995 en Organización mundial del comercio (OMC), donde el debate sobre los productos culturales quedó englobado en el del libre cambio de los servicios, en cuya ocasión la tesis neoliberal del *free flow of information* adquirió una nueva legitimidad. El mercado planetario sin trabas pone en tensión la «libertad de expresión comercial» y la libertad de expresión ciudadana. Las autoridades gubernamentales que, en los años setenta, reclamaban la creación de un nuevo orden mundial de la información y la comunicación se han eclipsado, mientras que en los países más favorecidos de un Tercer Mundo, desde entonces desafortunado, se ha afirmado un nuevo objetivo de desarrollo: arrojarse al primer mundo. «*Yankee go home!* Pero llévanos contigo», reza el eslogan pintado en las paredes tanto de Puerto Príncipe como de Tijuana.

¿Cómo adquieren sentido para cada comunidad, para cada cultura, las innumerables conexiones a redes que constituyen la trama de la mundialización? ¿Cómo se le resisten, se adaptan, sucumben a ella? La tensión y los desajustes entre la pluralidad de las culturas y las fuerzas centrífugas del cosmopolitismo comercial revelan la complejidad de las reacciones ante la emergencia de un mercado único a escala mundial.

Aun cuando se señalen las potencialidades abiertas por esta atención a las interacciones y las fragmentaciones, hay que apresurarse a destacar su ambivalencia. Ésta precipita la reflexión crítica sobre la relación entre las lógicas unificantes y la organización de la vida democrática cotidiana. Pero también puede acomodarse a las múltiples formas que adopta el repliegue de identidad y étnico.

Hacia una nueva jerarquía del saber

«Nuestras sociedades entran en la edad posindustrial y las culturas, en la edad llamada posmoderna», escribía en 1979 el filósofo Jean-François Lyotard en *La condition postmoderne*. Estimando que la base social del principio de la división, la lucha de clases, se

ha desdibujado hasta el punto de perder toda radicalidad, Lyotard deduce el final de la credibilidad de los grandes relatos y su descomposición. «La función narrativa pierde sus agentes, el gran héroe, los grandes peligros, los grandes periplos y el gran objetivo.» Y añade: «La novedad es que en este contexto los antiguos polos de atracción formados por los Estados-nación, los partidos, las profesiones, las instituciones y las tradiciones históricas pierden atractivo. Y no parece que tengan que ser reemplazados al menos a la escala que les corresponde [...]. Las "identificaciones" con grandes nombres, con héroes de la historia presente, se hacen más difíciles».

La idea de posmodernidad conforma la arquitectura, la estética, la literatura y la sociología desde el comienzo de los años sesenta. En sociología política, el advenimiento del concepto de «sociedad posindustrial» ha sido ampliamente preparado por tesis claramente partidarias, por ejemplo la del final de las ideologías (véase el capítulo 2, 2).

Si bien, a semejanza de Daniel Bell, algunos sociólogos han creído poder datar la edad posmoderna del desarrollo de las máquinas de información, algunos teóricos de la estética son más circunspectos. Pretenden así escapar de las trampas del determinismo técnico de la era llamada posindustrial. Umberto Eco, testimonio de ello, considera que lo posmoderno es una corriente difícil de analizar cronológicamente y lo interpreta más bien como una «categoría espiritual o, mejor, un *Kunstwollen*, un modo de operar: podríamos decir que cada período tiene su propio posmoderno» [Eco, 1982]. Testimonio también de esta circunstancia, el crítico norteamericano Fredric Jameson, contrariamente a Eco, propone situar el posmodernismo como una etapa históricamente bien determinada de la evolución de los regímenes de pensamiento y analiza el corte en relación con el pensamiento modernista. El posmodernismo, como dominante cultural de la lógica del capitalismo avanzado, se caracteriza por la crítica de los «modelos de profundidad»: el modelo dialéctico de la esencia y la apariencia y sus conceptos de ideología y falsa conciencia; el modelo existencial de la autenticidad o de la falta de autenticidad con la oposición entre alineación y desalienación que lo establece, y finalmente la gran oposición semiológica entre significativo y significado que ha reinado en los años sesenta y setenta.

Mercado global y realidades locales

La «globalización», término tomado directamente del inglés, se extiende en los años ochenta a partir de la geoeconomía y de sus redes técnicas de transmisión de la información en tiempo real. La ocasión para ello es la «globalización financiera», esa reestructuración estratégica de la esfera financiera internacional que consagra la ruptura de contacto de los mercados de capitales respecto de los Estados-nación y la dependencia acrecentada de los sistemas productivos nacionales del mercado mundial. Y, de hecho, la construcción de un espacio planetario parece más avanzada en este sector de las actividades económicas, a pesar de los signos de inestabilidad crónica. Esta «financierización» de la economía mundial es reflejo de la década; intensificación de los movimientos especulativos y auge de los riesgos de volatilidad, de quiebras cuyas ondas de choque alcanzan al mundo entero electrónicamente conectado. La Bolsa y las grandes fiebres especulativas en las que Robert E. Park ya veía, en los años veinte, la metáfora del mundo de las noticias, confirman su carácter de signo precursor de los trastornos que afectan a los circuitos de intercambios informativos.

Desde las redes de flujos financieros la noción de globalización va a extenderse a las redes de los flujos económicos y culturales, gracias a los teóricos del *management* y del marketing. La novedad corresponde al norteamericano Theodor Levitt que, en 1983, publica en la revista que entonces dirige, *Harvard Business Review*, un artículo titulado «The Globalization of Markets». Según Levitt, la homogeneización de las necesidades comporta cada vez más la de los mercados, los productos y las aproximaciones al consumidor; el auge de la competencia en una escala global exige una visión estratégica mundial de la planificación de los mercados; una poderosa fuerza conduce el planeta hacia lo que el profesor de la Business School de

Harvard llama a *converging commonality*: la tecnología. El proceso en curso de concentración de las empresas y de constitución de megagrupos multimedia y publicitarios no hace sino confirmar esta hipótesis de la «estandarización universal», en cuyos agentes se convierten estas nuevas unidades económicas. De ello resulta que la única forma de organización capaz de «diezmara a los competidores» en un mercado supercompetitivo es la «empresa global», que opera como si el mundo entero fuera una sola entidad, que piensa en «términos globales» sus productos, sus servicios, su distribución, su comunicación. En este modo de pensamiento global o «holista» que recicla las analogías de lo vivo organizado, la empresa es un todo dinámico, un «sistema», y su «globalización» un asunto a la vez interno y externo. Por una parte, la empresa global pretende poner fin, en su seno, a las rígidas jerarquías y a las formas de autoridades piramidales heredadas del modelo de organización fordiana y tayloriana donde la retención de la información era fuente de saber-poder, y adopta un modelo de gestión «comunicativa», en red, supeditado a la necesidad de la libre circulación de los flujos (concepción, producción, distribución, sinergia de las competencias, captación de los saber-hacer e interacción en la organización del trabajo). Por otro lado es un modo de puesta en relación con el mercado mundial. La globalización se convierte en una plantilla cibernética del mundo y del nuevo orden mundial en gestación. Aun cuando no todos tengan posiciones tan extremas, algunos recuerdan que la segmentación de los mercados y los objetivos es tan importante como la de la estandarización.

Más allá de las diferencias, en la perspectiva de esta teoría empresarial en un mercado de dimensión mundial, la globalización significa que el acercamiento sedimentado de los espacios está caduco, al

igual que la organización del trabajo dividida en compartimentos. Bajo el régimen empresarial anterior, lo local, lo nacional, lo internacional se representaban como escalones, impermeables uno respecto de otro. El nuevo esquema de representación de la empresa y del mundo en el que ésta opera en cuanto red de producción y distribución propone un modelo de interacción entre estos tres niveles. Cualquier estrategia en el mercado mundializado debe ser al mismo tiempo local y global. Es lo que los teóricos del *management* japoneses expresan a través del término *glocalice*, contracción de *global* y *local*, neologismo que figura desde 1991 en el *Oxford Dictionary of New Words*. Una consigna regenta la lógica de la empresa llamada global: integración de las escalas geográficas, paralela a la de la concepción, la producción y la comercialización (de ahí el nuevo cometido de «coproductor» atribuido al consumidor o al usuario).

Este proyecto de integración de la empresa global es indisoluble a la creación de una «cultura de empresa», partícipe de valores, creencias, rituales y objetivos, una de cuyas misiones consiste en realizar la alianza entre lo local y lo global, único garante del éxito. Esta cultura no es, propiamente, situable en un territorio. Es una mentalidad que permite a la identidad global no ser desbordada por la identidad formada sobre la base de la pertenencia a un territorio, nacional o local. Otros teóricos de este retorno de la empresa a la cultura moderna atemperan, sin embargo, este postulado con otro: la necesidad del «mestizaje empresarial», que consiste en cruzar y dejar fecundar mutuamente modos de gestión de la empresa integrados en historias y culturas bien definidas, en las que se entrecruzan lo «moderno» y lo «tradicional», el «hábitus» nacional y los esquemas transnacionales [Iribarne, 1989; Drucker, 1993].

Esto se sustituye por un «modelo de superficie» o más bien un «modelo de superficies múltiples». El mundo (constata Jameson) «pierde su profundidad y amenaza con convertirse en una superficie brillante, una ilusión estereoscópica, un flujo de imágenes fílmicas carentes de densidad» [Jameson, 1984]. Al celebrar la apoteosis del espacio en relación con el tiempo y la desaparición del referente histórico, este modelo de superficie es acorde con la nueva superficie de la expansión global del capital transnacional, su circulación en tiempo real en las redes telemáticas y los flujos de imágenes a la vez universales y fragmentados.

El texto de J.-F. Lyotard es un escrito coyuntural. Es un informe sobre el saber en las sociedades más desarrolladas, redactado a petición del Consejo de Universidades al gobierno de Québec. Pretende contribuir a la discusión que se generaliza en aquella época en los grandes países industriales sobre la cuestión de la legitimidad, en un contexto marcado por la multiplicación de las máquinas informativas y la «hegemonía de la informática»: crisis de la metafísica, crisis de los discursos de verdad; auge de los criterios operativos, de los criterios tecnológicos que no permiten juzgar sobre lo verdadero y lo justo; crisis de los grandes sistemas teóricos, triunfo de una pragmática de juegos de lenguaje.

Harold Innis, precursor de McLuhan

El geógrafo y economista político canadiense Harold Adams Innis (1894-1952) hace de la tecnología de la comunicación la base de los procesos políticos y económicos. Sin embargo, sólo en los últimos años de su vida formula esta hipótesis y la pone a prueba (después de estudios monográficos sobre las pesquerías, el comercio de las pieles y el ferrocarril). Dos obras testimonian su tardío interés: *Empire and Communications* [1950] y *The Bias of Communication* [1951].

El tema del imperio remite a la doble dominación a la que Canadá está todavía expuesta: la de Inglaterra y la de los Estados Unidos. Innis intenta analizar su diferencia de naturaleza. Escribe su obra en un momento en el que se precisa la amenaza del sistema tecnológico de comunicación del país vecino, capaz de alcanzar el «corazón de la vida cultural del Canadá» y de precipitar su crisis. Son las «tendencias» (*bias*) que la comunicación asume bajo sus diferentes aspectos tecnológicos las que determinan las formas que adopta la organización social. Los «monopolios de saber» determinados por la tecnología supeditan la distribución del poder político entre los grupos sociales. El poder es asunto de control del espacio y el tiempo. Los sistemas de comunicación dan forma a la organización social porque estructuran relaciones temporales y espaciales. En la historia se distinguen dos formas de medios de comunicación, que dan lugar a dos formas de imperio. La

primera, ligada al espacio (*space-binding*) simbolizada por la imprenta y la comunicación electrónica, conduce a la expansión y al control de un territorio. La segunda, ligada al tiempo (*time-binding*), llevada por la cultura oral y el manuscrito, favorece la memoria, el sentido de la historia, de las pequeñas comunidades y de formas tradicionales de poder. La primera pretende la centralización; la otra, lo contrario. La constitución de un monopolio del saber ligado al tiempo y al espacio, fundamento del poder absoluto, representa una grave amenaza. La particularidad de la situación canadiense reside en el hecho de que el país se encuentra entre dos imperios y en la confluencia de dos tendencias de la comunicación. Debe conjugar fuerzas tecnológicas contrarias. Para oponerse a los efectos del determinismo de la tecnología moderna, que reduce el campo posible de las respuestas y las discusiones por parte de las audiencias, hay que restablecer la «tradición oral», despertar la memoria y crear las vías de una participación democrática, todos ellos elementos que constituyen la base de la otra forma de la comunicación.

Colega de Innis en la Universidad de Toronto, Marshall McLuhan (1911-1980) no ocultará su deuda con él. En *La Galaxie Gutenberg* [1962] escribe: «Harold Innis es la primera persona que ha tratado el proceso de cambio implícito en las propias formas de la tecnología. Mi libro no es sino una nota a pie de página comparado con su trabajo».

En esta obra, Lyotard introducía una problemática, que no ha dejado de extenderse, sobre la jerarquía del saber y los procesos que afectan a los modos de pensar, de enseñar y de tratar la información en la era de la digitalización del signo y de la nueva alianza entre el sonido, la imagen y el texto. Lo atestigua la gestión de Pierre Lévy, quien, apostando por la emergencia de nuevos modos

de escritura supeditados a la «plasticidad numérica», pone sus esperanzas en el advenimiento de una «inteligencia colectiva» gracias a las «autopistas de la información» de la era posmedios de comunicación, que se convierten en los soportes de una última utopía de la comunicación, la de la «democracia en tiempo real» [Lévy, 1990, 1994]. Otros, con mayor distancia crítica, se dedican a dibujar una nueva economía política de la inteligencia reflexionando sobre las consecuencias del reforzamiento del lazo entre las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación y las nuevas tecnologías intelectuales, por ejemplo en el campo de la formación y la organización del trabajo [Girsic, 1994].

Anunciado en *Le Pouvoir intellectuel en France* [1979], el ambicioso proyecto de Régis Debray de fundar una «mediología general» se ha ido elaborando progresivamente. Su análisis de lo intelectual en su función de «transmitir», su función de oficiante de los aparatos de transmisión ha constituido el punto de partida de este enfoque mediológico que pretende establecer una «correlación sistemática entre, por una parte, las actividades simbólicas: ideologías, política, cultura, y, por otra, las formas de organización, los sistemas de autoridad inducidos por tal o cual modo de producción, de archivo y de transmisión de la información». Retoma las intuiciones de Marshall McLuhan, quien ha contribuido poderosamente a quebrar un postulado heredado de la cultura del «hombre tipográfico», el de la prioridad del contenido sobre la forma, insistiendo en el hecho de que el propio medio determina el carácter de lo que se comunica y conduce a un nuevo tipo de civilización. Guardándose de exaltar un determinismo técnico, el mediólogo quiere ante todo despejar «las determinaciones objetivas de los accesorios del pensamiento» [Debray, 1991]. Las investigaciones de Bernard Stiegler sobre la técnica y la memoria se insertan en una gestión filosófica similar [Stiegler, 1994].

En 1977 el antropólogo británico Jack Goody expuso, en *The Domestication of the Savage Mind*, reflexiones básicas sobre la manera en que se inducían diferentes modos de razonamiento y percepción por diversos canales de transmisión.

El nuevo entorno tecnológico obliga a considerar las dimensiones maquinarias en la producción de la subjetividad. Es una cuestión que preocupó al psicoanalista Félix Guattari hasta su muerte, sucedida en 1992. Guattari pensaba que las máquinas tecnológicas de información y comunicación, de la informática a la robótica pasando por los medios de comunicación, operan «en el corazón de la subjetividad humana no sólo en el seno de sus me-

¡Nada de olas! Apenas modas

¿Los posmodernos no han innovado nada? Se insertan directamente en la tradición, muy modernista ella, del estructuralismo, cuya influencia sobre las ciencias humanas parece tener que ser relevada en las peores condiciones por el sistemismo anglosajón. El lazo secreto entre todas estas doctrinas se debe a que han sido subterráneas, es decir, marcadas por las concepciones reduccionistas, conducidas desde la inmediata posguerra por la teoría de la información y las primeras investigaciones cibernéticas. Las referencias que unas y otras no cesaban de extraer de las nuevas tecnologías comunicativas e informáticas fueron tan tempranas, tan mal dominadas, que nos proyectaron lejos, hacia atrás respecto de las investigaciones fenomenológicas que las habían precedido.

Habría que volver a una evidencia simple, pero de consecuencias abrumadoras, a saber, que las disposiciones sociales concretas (que no deben ser confundidas con los «grupos primarios de la sociología norteamericana», que no dependen todavía sino de la economía de la opinión)

ponen en duda muchas cosas además de hazañas lingüísticas: dimensiones etológicas y ecológicas; componentes semióticos económicos, estéticos, corporales, fantasmagóricos, irreducibles a la semiología de la lengua; una multitud de universos incorpóreos de referencia, que no se integran de buen grado en las coordenadas del empirismo dominante...

Por más que los filósofos posmodernos mariposeen alrededor de las investigaciones pragmáticas, siguen fieles a una concepción estructuralista de la palabra y el lenguaje que no les permitirá jamás articular los hechos subjetivos a las formaciones del inconsciente, a las problemáticas estéticas y micropolíticas. Por decirlo sin ambages, esta filosofía no lo es; sólo es un estado mental imperante, una «condición» de la opinión que no saca sus verdades sino del aire. ¿Por qué, por ejemplo, se iba a tomar la molestia de elaborar un apoyo especulativo serio a su tesis relativa a la inconsistencia del *socius*? (F. Guattari, «L'impasse postmoderne», *La Quinzaine littéraire*, 1-15 de febrero de 1986).

morias, de su inteligencia, sino también de su sensibilidad, de sus afecciones y de su inconsciente». Al rechazar la ideología de la posmodernidad como «paradigma de todos los sometimientos, de todos los compromisos con el *statu quo* existente», militaba para una reapropiación y una resingularización de la utilización de las máquinas de comunicar, en una perspectiva de experimentación social, de «constitución de complejos de subjetivación: individuo-grupo-máquina-intercambios múltiples» [Guattari, 1992].

Pensadores como Paul Virilio, Gianni Vattimo o Jean Baudrillard ponen en duda la posibilidad de esta utilización «con fines convenientes». Los escritos de Virilio, que privilegian la cita y el aforismo, marcan su desafío con respecto a la posibilidad misma de una teoría de la tecnología. Es la aceleración de los cambios que experimenta esta última lo que motiva un pensamiento que él sitúa

bajo el signo de una «dromología» (de *dromos*, velocidad). Una aceleración inversamente proporcional a la inercia que se convierte en el horizonte de la actividad humana. Lo que hasta ahora parecía el signo de la desventaja y de la invalidez (incapacidad de moverse para actuar) se convierte en el símbolo de progreso y de dominio del medio. La inercia domiciliaria, el confinamiento doméstico, a través del complejo de pantallas que permite hacerlo todo en casa, son la otra cara de la búsqueda de la ubicuidad, de la instantaneidad y de la hiperpercepción. Lo que se pierde es el sentido de la duración, el movimiento del cuerpo y también la vida social. «Cuando ya no hay tiempo para compartir, no hay democracia posible» [Virilio, 1990].

La idea de comunicación y de transparencia ha acompañado la creencia de la Ilustración en el progreso social y la emancipación de los individuos. Hoy, esta idea es sospechosa: la comunicación es víctima de un exceso de comunicación (Baudrillard). Ese exceso de comunicación ha producido la implosión del sentido, la pérdida de lo real, el reino de los simulacros. Para el filósofo italiano Gianni Vattimo, la sociedad de los medios de comunicación está lejos de ser una sociedad «más ilustrada, más educada, más consciente de sí». En cambio es más compleja, incluso caótica, y «nuestras esperanzas de emancipación residen en ese “caos” relativo». Ya no hay historia, no hay realidad, ni verdad. El mundo de la comunicación estalla con el empuje de una multiplicidad de racionalidades locales, étnicas, sexuales, religiosas. Y esta liberación de las diversidades es tal vez la «oportunidad de una nueva manera de ser (¿por fin?) humano». En la sociedad mediática, «en lugar de un ideal emancipador moldeado sobre la autoconciencia desarrollada, sobre el perfecto discernimiento del hombre que sabe cómo suceden las cosas [...], se instaura un ideal de emancipación basado más bien en la oscilación, la pluralidad y, en definitiva, en la erosión del propio “principio de realidad”» [Vattimo, 1989].

Baudrillard no comparte este optimismo relativo. Tanto en las escaladas tecnológicas y en el aumento de su sofisticación en la dimensión planetaria, como en la intimidad doméstica, detecta la avanzada de un sistema de control que se exalta en nuestro «fantasma de comunicación»: la compulsión general a existir en todas las pantallas y en el corazón de todos los programas. «¿Soy un hombre, soy una máquina? Ya no hay respuesta a esta pregunta antropológica» [Baudrillard, 1990].

Conclusión

Ante el fracaso de la ideología racionalista del progreso lineal y continuo, la comunicación ha tomado el relevo y se presenta como parámetro por excelencia de la evolución de la humanidad, en un momento histórico en el que ésta busca desesperadamente un sentido a su futuro.

Las visiones contrastadas de las problemáticas de la comunicación y de sus actores tienden en ese contexto a desaparecer del horizonte teórico. Está claro que, como dice Georges Balandier, en la moda que multiplica las investigaciones sobre la cotidianidad, lo importante es el movimiento de los espíritus «que ha hecho resurgir al individuo frente a las estructuras y los sistemas, la calidad frente a la cantidad, lo vivido frente a lo instituido» [Balandier, 1983]. Las ciencias del hombre y de la sociedad se han aproximado de esta manera al «sujeto ordinario».

Pero en este trayecto se han desdibujado algunas cuestiones sobre la relación de los intelectuales y la sociedad. La crisis de las utopías y las alternativas ha alcanzado a la noción de trabajo críti-

co. Todo mediador está hoy afectado por el positivismo gestor, ese nuevo utilitarismo que estimula la búsqueda de instrumentos epistemológicos que permitan neutralizar las tensiones a través de soluciones técnicas. Los saberes sobre la comunicación no escapan a esta tendencia. Son cada vez más perceptibles los efectos del incremento de poder de los discursos de peritación, consecuencia de la acrecentada «puesta en bastidores» de las actividades de comunicación y cuya función explícita consiste en legitimar estrategias y modelos de organización empresariales e institucionales. La investigación administrativa no es, desde luego, nueva en los Estados Unidos. Pero su generalización es inédita y va pareja con la liberalización del modo de comunicación. El pragmatismo que caracteriza a los estudios operativos impregna cada vez más las maneras de decir la comunicación. De ello resulta que el campo en su conjunto experimenta cada vez más dificultades para desprenderse de una imagen instrumental y conquistar una verdadera legitimidad como objeto de investigación en su integridad, tratado como tal, con el distanciamiento indisociable de una gestión crítica.

Estos desplazamientos ideológicos socavan la idea de que hemos entrado en la edad de las sociedades de control como, después de William S. Burroughs, las ha denominado Gilles Deleuze. Sociedades en las que se multiplican los mecanismos socio-técnicos del control flexible inspirado en el modelo empresarial de una empresa convertida en tutelar. Un control a corto plazo, de rotación rápida, pero continua e ilimitada.

La era de la mencionada sociedad de la información es también la de la producción de estados mentales. Hay que enfocar por tanto de forma diferente la cuestión de la libertad y la democracia. La libertad política no se puede resumir en el derecho a ejercer uno su voluntad. Reside también en el derecho a dominar el proceso de formación de esta voluntad.

Bibliografía

Autores y obras citados en el texto

- ADORNO, T., «Scientific Experiences of a European Scholar in America», en FLEMING, D. y BAYLIN, B. (comps.), *The Intellectual Migration: Europe and America 1930-1960*, Cambridge, Mass., Harvard University Press/Belknap, 1969.
- ADORNO, T. y HORKHEIMER, M., *Dialéctica del iluminismo*, Buenos Aires, Sur, 1969.
- ALLEMAND, E., *Pouvoir et télévision*, París, Anthropos, 1980.
- ALLEN, R. C., (comp.), *To Be Continued. Soap Operas around the World*, Londres, Routledge, 1995.
- ALTHABE, B., *Note Action de recherche CNRS-CNET*, noviembre de 1984.
- ALTHUSSER, L. y OTROS, *Lire Le Capital*, París, Maspéro, 1965.
- ALTHUSSER, L., «Idéologie et appareils idéologiques d'État», *La Pensée*, n. 151, 1970.
- ANG, I., *Watching Dallas*, Londres, Methuen, 1985.
- APPADURAI, A., «Disjuncture and Difference in the Global Cultural Economy», *Public Culture*, vol. 2, n. 2, 1990.
- ARNOLD, M., *Culture and Anarchy* (1869), Cambridge, Cambridge University, 1935.
- AUSTIN, J. L., *How to Do Things with Words*, Oxford, Oxford University Press, 1962 (trad. cast.: *Cómo hacer cosas con palabras*, Barcelona, Paidós, 1990).
- BABBAGE, C., *On the Economy of Machinery and Manufactures* (1832), Nueva York, A. M. Kelley, 1963.
- BAKHTIN, M., *Le Marxisme et la philosophie du langage* (1929), París, Minuit, 1977.

- BALANDIER, G., «Essai d'identification du quotidien», *Cahiers internationaux de sociologie*, vol. LXXIV, 1983.
- BARAN, P., *The Political Economy of Growth*, Harmondsworth, Penguin, 1957.
- BARthes, R., *Mythologies*, París, Le Seuil, 1957.
- «Éléments de sémiologie», *Communications*, n. 4, 1964.
- *Système de la mode*, París, Le Seuil, 1967.
- «La mort de l'auteur», en *Essais critiques IV*, París, Le Seuil, 1984.
- BAITSON, G., *Steps to an Ecology of Mind*, San Francisco, Chandler, 1972.
- BAUDRILLARD, J., *Pour une critique de l'économie politique du signe*, París, Gallimard, 1972.
- *Simulacres et simulation*, París, Galilée, 1981.
- *La Transparence du mal*, París, Galilée, 1990.
- BAUER, R. A., POOL, I. DE SOJA y DEXTER, I. A., *American Business and Public Policy*, Nueva York, Atherton, 1964.
- BAUTIER, R., *De la rhétorique à la communication*, Grenoble, PUG, 1994.
- BEAUD, P., *La Société de connivence. Médias, médiations et classes sociales*, París, Aubier, 1984.
- BELL, D., *The End of Ideology*, Nueva York, Free Press, 1962.
- BELL, D., *The Coming of Post-industrial Society: A Venture in Social Forecasting*, Nueva York, Basic Books, 1973.
- BELTRAN, L. R., «Alien Premises, Objects and Methods in Latin American Communication Research», *Communication Research*, vol. III, n. 2, 1976.
- BELTRAN, L. R. y FOX, E., *Comunicación dominada. Estados Unidos en los medios de América Latina*, México, Nueva Imagen/IIET, 1980.
- BENJER, R., «Comparison, Yes. But - The Case of Technological and Cultural Change», en BLUMER J.G. y otros, *Comparatively Speaking: Communication across Space and Time*, Londres, Sage, 1992.
- BENJAMIN, W., «La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica», *Discursos interrumpidos*, Media, Taurus, 1973.
- *Paris, capitale du XIX^e siècle*, París, Cerf, 1993.
- BERTSON, B., *Content Analysis in Communication Research*, Nueva York, Free Press, 1952.
- BERGER, P. y LUCKMANN, TH., *The Social Construction of Reality: A Treatise in the Sociology of Knowledge*, Nueva York, Doubleday, 1966.
- BERLO, D. K., *The Process of Communication: An Introduction to Theory and Practice*, Nueva York, Holt, Rinehart & Winston, 1960.
- BERTALANFFY, L. VON, *Modern Theories of Development: Introduction to Theoretical Biology*, Oxford, Oxford University Press, 1993.
- *General System Theory*, Nueva York, Braziller, 1968.
- BERILLON, A., *Anthropological Descriptions. New Method of Determining Individual Identity*, Melun, Imprimerie administrative, 1887.
- BEITTEINI, G., *La conversazione audiovisiva*, Milán, Bompiani, 1983.
- BLUMER, H., *Symbolic Interactionism: Perspective and Method*, Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall, 1969.
- BLUMER, J. y KATZ, F. (comps.), *The Uses and Gratifications Approach to Mass Communication Research*, Annual Review of Communication Research, vol. 3, Beverly Hills Ca., Sage, 1975.
- BORDENAVE, J. D., «Communication and Adoption of Agricultural innovations in Latin America», en CRAWFORD, R. H. y WARD, W. R. (comps.), *Communication Strategies for Rural Development*, Ithaca, N.Y., University of Cornell-CIAT, 1976.

- BOUGNOUX, D., *Vices et vertus des cercles*. París, La Découverte, 1989.
- BOULLIER, D., «Usages du vidéotex et utopie techniciste», *Réseaux*, n. 6, abril de 1984.
- BOURDIEU, P. y otros, *Un art moyen. Essai sur les usages sociaux de la photographie*, París, Minuit, 1965.
- BOURDIEU, P. y PASSERON, J.-C., *La Reproduction*, París, Minuit, 1970.
- BOURRICAUD, F., «Introduction», véase PARSONS (1955).
- BOYD-BARRETT, J. O. y PALMER, M., *Le Trafic des nouvelles: les agences mondiales d'information*, París, A. Moreau, 1980.
- BRAUDEL, F., *Civilisation matérielle, économie et capitalisme XV-XVIII*, 3 vols., París, A. Colin, 1979.
- BRETON, PH. y PROULX, S., *L'Explosion de la communication. La naissance d'une nouvelle idéologie*, París, La Découverte, 1989.
- BRETON, P., *L'Utopie de la communication*, París, La Découverte, 1992.
- BRZEZINSKI, Z., *Between Two Ages: America's Role in the Technetronic Era*, Nueva York, Viking Press, 1969 (trad. cast: *La era tecnocrónica*, Buenos Aires, Paidós, 1989).
- BRUNSDON, C., «Crossroads: Notes on a Soap Opera», *Screen*, 1981, vol. 22, n. 4.
- BRUNSDON, C. y MORLEY, D., *Everyday Television: Nationwide*, Londres, BFI, 1980.
- BUSTAMANTE, E. y ZALLO, R. (comps.), *Las industrias culturales en España*, Madrid, Akal, 1988.
- CALLON, M., «Éléments pour une sociologie de la traduction», *L'Année sociologique*, n. 36, 1986.
- CANTREL, H. y otros, *The Invasion from Mars*, Princeton, Princeton University Press, 1940.
- CAPRILES, O., *El Estado y los medios de comunicación en Venezuela*, Caracas, Inico/Universidad central de Venezuela, 1976.
- CAREY, J. W., «The Origins of the Radical Discourse on Cultural Studies in the United States», *Journal of Communication*, vol. 33, n. 3, 1983.
- CASETTI, F., *L'Imagine al plurale*, Venecia, Marsilio, 1984.
- CASETTI, F. y ODIN, R., «De la paléo- à la néo-télévision: approche sémio-pragmatique», *Communications*, n. 51, 1990.
- CECMAS, *Le Centre d'études des communications de masse 1960-1966*, París, École des hautes études (VI^e section), 1966 (multicop.).
- CENECA, *Educación para la comunicación. Manual latinoamericano de educación para los medios de comunicación*, Santiago de Chile, Unesco/Unicef/Ceneca, 1992.
- CERTIEU, M. DE, *L'Invention du quotidien. I. Arts de faire*, 10/18, París, 1980.
- CUSARCO, G., *La Televisione sprecata*, Milán, Feltrinelli, 1974.
- CICOUREL, A. V., *Method and Measurement in Sociology*, Nueva York, Free Press, 1964.
- «Language and Social Interaction: Philosophical and Empirical Issues», *Working Paper*, 96, Università degli Studi di Urbino, 1980.
- COMTE, A., *Cours de philosophie positive (1830-1842)*, París, Hermann, 1975.
- COOLEY, C. H., *Social Organization*, Nueva York, C. Scribner's Sons, 1909.
- CURRAN, J., «The New Revisionism in Mass Communication Research: A Reappraisal», *European Journal of Communication*, V, n. 2-3, 1990.
- DAHLGREN, P., «Media, Meaning as Method: a "Post-Rational" Perspective», *Nordicom Review*, n. 2, 1985.
- DAYAN, D., «Les Mystères de la réception», *Le Débat*, n. 71, 1992.
- DEBORD, G., *La Société du spectacle*, París, Champ libre, 1967.
- DEBRAY, R., *Le Pouvoir intellectuel en France*, París, Ramsay, 1979.

- *Cours de médiologie générale*, París, Gallimard, 1991.
- DE FLEUR, M. L., *Theories of Mass Communication*, Nueva York, D. McKay, 1966.
- DELEUZE, G., *Pourparlers*, París, Minuit, 1990.
- DELEDALLE, G., *La Philosophie américaine*, París, L'Age d'homme, 1983.
- DESROSIÈRES, A., *La Politique des grands nombres. Histoire de la Raison statistique*, París, La Découverte, 1993.
- DEUTSCH, K., *Nationalism and Social Communication*, Nueva York, Free Press, 1953.
- *The Nerves of Government*, Nueva York, Free Press, 1963.
- DEWEY, J., *The Public and its Problems*, Nueva York, Holt, 1927.
- DRUCKER, P., *Post-Capitalist Society*, Oxford, Butterworth-Heinemann, 1993.
- DURKHEIM, É., *De la division du travail social* (1893), París, PUF, reimpresión.
- EAGLETON, T., *Literary Theory: An Introduction*, Oxford, Blackwell, 1983.
- EASTON, D., *Framework for Political Life*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall, N.J., 1965.
- ECO, U., *Apocalittici e integrati*, Milán, Bompiani, 1964.
- *L'Œuvre ouverte* (1962), París, Le Seuil, 1965.
- «Peirce and Contemporary Semantics», *Versus*, n. 15, 1976.
- «Apostille au Nom de la rose», París, Grasset, 1982.
- *Lector in fabula: le rôle du lecteur ou la coopération interprétative dans les textes narratifs* (1979), París, Librairie générale française, 1989.
- ÉLIAS, N., *Qu'est-ce que la sociologie?* (1970), La Tour d'Aigues, Éd. de l'Aube, 1991.
- ELLUL, J., *La Technique ou l'enjeu du siècle*, París, A. Colin, 1954.
- *Le Système technicien*, París, Calmann-Lévy, 1977.
- ENZENBERGER, H. M., «Constituents of the Theory of the Media», *New Left Review*, diciembre de 1970.
- ESCARPIT, R. (comp.), *Le Littéraire et le social. Éléments pour une sociologie de la littérature*, París, Flammarion, 1970.
- EWALD, F., *L'État-providence*, París, Grasset, 1986.
- EWEN, S., *The Captains of Consciousness*, Nueva York, Mc Graw-Hill, 1976.
- FABRI, P., «Le comunicazioni di massa in Italia: sguardo semiotico e malocchio della sociologia», *VS*, n. 5, 1973.
- FISKE, J., *Television Culture*, Londres, Methuen, 1987.
- FLICHY, P., *Les Industries de l'imaginaire*, Grenoble, PUG, 1980.
- *Une Histoire de la communication moderne*, París, La Découverte, 1991.
- FORNEL, M. DE (comp.), dossier «L'interaction communicationnelle», *Réseaux*, marzo de 1988, n. 29.
- FOUCAULT, M., *Les Mots et les choses*, París, Gallimard, 1966.
- *Surveiller et punir*, París, Gallimard, 1975.
- «La Gouvernamentalité», *Actes. Les Cahiers d'action juridique*, n. 54, 1986.
- FREIRE, P., *Pedagogía de los oprimidos*, México, Siglo XXI, 1970.
- FREUD, S., «Psychologie des foules et analyse du moi» (1921), *Essais de psychanalyse*, París, Payot, 1983.
- FREIDMANN, G., *Sept Études sur l'homme et la technique*, París, Gonthier, 1966.
- «La sociologie des communications de masse», *Aspects de la sociologie française*, París, Ouvrières, 1966.
- FUENZAVIDA, J. y HERMOSILLA, M. E., *El televidente activo. Manual para la recepción activa de TV*, Santiago de Chile, Corporación de Promoción Universitaria, Fundación Adenauer, 1991.
- FUKUYAMA, F., *La Fin de l'histoire et le dernier homme*, París, Fayard, 1992.
- GALTON, F., *Essays in Eugenics*, Londres, McMillan, 1889.

- GAUTUNG, J., «A Structural Theory of Imperialism». *Journal of Peace Research*, 1971, n. 2.
- GARCÍA CANCLINI, N., *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo, 1990.
- GARFINKEL, H., *Studies in Ethnomethodology*, Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1967.
- GARHAM, N., «Contribution to a Political Economy of Mass Communication», *Media, Culture & Society*, vol. 1, n. 2, abril de 1979.
- «Toward a Theory of Cultural Materialism», *Journal of Communication*, vol. 33, n. 3, 1983.
- *Capitalism and Global Communication: Global Culture and the Politics of Information*, Londres, Sage, 1990.
- GEERTZ, C., *The Interpretation of Cultures*, Nueva York, Basic Books, 1973.
- GERBER, G. (comp.), dossier «Ferment in the Field: Communications Scholars Address Critical Issues and Research Tasks of the Discipline», *Journal of Communication*, vol. 33, n. 3, verano de 1983.
- GIDDENS, A., *The Constitution of Society: Outline of the Theory of Structuration*, Cambridge, Polity Press, 1984.
- GIRAUD, A., WOLTON, D. y MISSIKA, J.-L. (comps.), *Les Réseaux pensants*, París, Mas-sob, 1978.
- GIRSIĆ (comp.), *Pour une nouvelle économie du savoir*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 1994.
- GOFFMAN, E., *Interaction Ritual. Essays on Face-to-Face Behavior*, Nueva York, Doubleday, 1967.
- *Relations in Public. Microstudies of the Public Order*, Nueva York, Basic Books, 1971.
- GOLDING, P., «Media Role in National Development: Critique of a Theoretical Orthodoxy», *Journal of Communications*, 1974, vol. 24, n. 3.
- GOLDMANN, L., *Le Dieu caché*, París, Gallimard, 1959.
- GOODY, J., *The Domestication of the Savage Mind*, Cambridge, Cambridge University Press, 1977.
- GRANDI, R. y RICHERI, G., *Le Televisioni in Europa*, Milán, Feltrinelli, 1976.
- GRAMSCI, A., *Cahiers de prison (Cahiers 10-13) (1932-1934)*, París, Gallimard, 1978.
- GREIMAS, A. J., *Sémantique structurale*, París, Larousse, 1966.
- GUATTARI, F., «Les nouveaux mondes du capitalisme», *Libération*, 22 de diciembre de 1987.
- *Chaosmose*, París, Galilée, 1992.
- GUBACK, T., *The International Film Industry: Western Europe and America since 1945*, Bloomington, Indiana University Press, 1969.
- GUBERN, R., *El lenguaje de los comics*, Barcelona, Península, 1972.
- HABERMAS, J., *L'Espace public. Archéologie de la publicité comme dimension constitutive de la société bourgeoise* (1962), París, Payot, 1978.
- *La Technique et la science comme idéologie* (1968), París, Gallimard, 1973.
- *Théorie de l'agir communicationnel* (1981), París, Fayard, 1987, 2 vols.
- HALL, E. T., *The Hidden Dimension*, Nueva York, Doubleday, 1971.
- *The Silent Language*, Nueva York, Doubleday, 1959.
- HALL, S. y otros, *Culture, Media, Language*, Hutchinson, Londres, University Library, 1980 (incluido el artículo de Hall «Encoding/decoding»).
- HALL, S. y WHANNEL, P., *The Popular Arts*, Londres, Hutchinson, 1965.
- HAMELINK, C. (comp.), *The Corporate Village. The Role of Transnational Corporations in International Communication*, Roma, IDOC, 1977.

- HERITAGE, J., «Ethnomethodology», en GIDDENS, A. y TURNER, J. (comps.), *Social Theory Today*, Cambridge, Polity Press, 1987.
- HOGGART, T., *The Uses of Literacy*, Fair Lawn, N. J., Essential Books, 1957.
- HORKHEIMER, M., *Critical Theory: Selected Essays*, Nueva York, Seabury Press, 1972.
- HOVLAND, C. y otros, *Communication and Persuasion*, New Haven, Conn., Yale University Press, 1953.
- INNIS, H. A., *Empire and Communications*, Toronto, University of Toronto, 1950.
- *The Bias of Communication*, Toronto, University of Toronto, 1951.
- IRIBARNE, P. D', *La Logique de l'honneur: gestion des entreprises et traditions nationales*, París, Le Seuil, 1989.
- ISER, W., *L'Acte de lecture: théorie de l'effet esthétique* (1976), Bruselas, Mardaga, 1985.
- JACOB, F., *La Logique du vivant*, París, Gallimard, 1970.
- JAKOBSON, R., *Selected Writings*, La Haya, Mouton, 1962 (4 vols.).
- JAMESON, F., «Postmodernism, or, the Cultural Logic of Late Capitalism», *New Left Review*, julio-agosto de 1984.
- JAUSS, H. R., *Pour une esthétique de la réception* (1970), París, Gallimard, 1978.
- JAVEAU, C., «Georg Simmel et la vie quotidienne: Tür Brücke et socialité», en WATIER, P. (comp.), *Georg Simmel et l'expérience du monde moderne*, París, Méridiens-Klincksieck, 1986.
- JOUËT, J., *L'Écran apprivoisé: télématique et informatique à domicile*, París, CNET-Réseaux, 1987.
- «Pratiques de communication et figures de la médiation», *Réseaux*, julio-agosto de 1993, n. 60.
- KAPLAN, A. (comp.), *Regarding Television. Critical Approaches*, Frederick, Md., University Publications of America, 1983.
- KATZ, E., «The Two-Step Flow of Communication. An Up-to-Date Report on an Hypothesis», *Public Opinion Quarterly*, vol. 21, 1957.
- «À propos des médias et de leurs effets», en SFEZ, L. y COUILLÉ, G. (comps.), *Technologies et symboliques de la communication*, Grenoble, PUG, 1990.
- KATZ, E. y LAZARFELD, P. F., *Personal Influence* (1955), Glencoe, Ill., Free Press, 1970.
- KEANE, J., *The Media and Democracy*, Cambridge, Polity Press, 1990.
- KRACAUER, S., *Le Roman policier. Un traité philosophique* (1922-1925), París, Payot, 1981.
- LACROIX, J.-G. y LÉVESQUE, B. (comps.), «Les industries culturelles: un enjeu vital», *Cahiers de recherche sociologique*, Montreal, vol. 4, n. 2, 1986.
- LASSWELL, H., *Propaganda Techniques in the World War*, Nueva York, Jnopt, 1927.
- *World Politics and Personal Insecurity*, Nueva York, Mc Graw-Hill, 1935.
- «The Structure and Functional of Communication in Society», en BRYSON, L. (comp.), *The Communication of Ideals*, Nueva York, Harper, 1948.
- *The Future of Political Science*, Nueva York, Atherton Press, 1963.
- LATOUR, B., *Science in Action*, Milton Keynes, Open University, 1987.
- LAULAN, A.-M., «La résistance aux systèmes d'information», *Réseaux*, n. 19, mayo de 1986.
- LAZARFELD, P. F., «Remarks of Administrative and Critical Communication Research», *Studies in Philosophy and Social Sciences*, 9 (1), 1941.
- «The Prognosis for International Communication Research», *Public Opinion Quarterly*, 1953, vol. 16.
- LAZARFELD, P. F., BERELSON, B. y GAUDET, H., *The People's Choice*, Nueva York, Duell Sloan & Pearce, 1944.

- LAZARSFELD, P. F., JAHODA, M. y ZEISEL, H., *Les Chômeurs de Marienthal* (1931), París, Minuit, 1981.
- LAZARSFELD, P. F. y ROSENBERG, M., *The Language of Social Research*, Nueva York, Colliers, 1955.
- LEAVIS, F. R., *Education and the University*, Collected Essays, Londres, Chatto and Windus, 1943.
- LE BON, G., *Psychologie des foules* (1895), París, PUF, 1988.
- *Lois psychologiques de l'évolution des peuples*, París, Alcan, 1894.
- LEFÈVRE, H., *Critique de la vie quotidienne*, 3 vols., París, L'Arche, 1947, 1962, 1981.
- *Position: Contre les technocrates*, París, Gonthier, 1967.
- LENER, D., *The Passing of Traditional Society. Modernizing the Middle East*, Glencoe, Ill., Free Press, 1958.
- LÉVI-STRAUSS, C., *Anthropologie structurale*, París, Plon, 1958 (trad. cast.: *Antropología estructural*, 1.ª ed., 3.ª reimp., Barcelona, Paidós, 1995).
- LEVITT, T., «The Globalization of Markets», *Harvard Business Review*, junio de 1983.
- LÉVY, P., *Les Technologies de l'intelligence*, París, La Découverte, 1990.
- *L'Intelligence collective*, París, La Découverte, 1994.
- LEWIN, K., *A Dynamic Theory of Personality*, Nueva York, Mc Graw-Hill, 1935.
- *Principles of Topological Psychology*, Nueva York, Mc Graw-Hill, 1936.
- LIEBES, T. y KATZ, E., *The Export of Meaning. Cross Cultural Readings of Dallas*, Oxford, Oxford University Press, 1991.
- LOMBROSO, C., *L'Homme criminel. Étude anthropologique et médicale* (1876), París, Alcan, 1887.
- LÖWENTHAL, L., «Biographies in Popular Magazines», en LAZARSFELD, P. F. y STANTON, F. (comps.), *Radio Research 1942-1943*, Nueva York, Duell, Sloan & Pearce, 1944.
- LUHMANN, N., «Communication et action», *Réseaux*, n. 50, noviembre-diciembre de 1991.
- LUKÁCS, G., *Histoire et conscience de classe* (1923), París, Minuit, 1965.
- LULL, J. (comp.), *World Families Watch Television*, Londres, Sage, 1988.
- LYOTARD, F., *La Condition postmoderne*, París, Minuit, 1979.
- MACBRIDE, S., *Voix multiples, un seul monde*, París, La Documentation française/Les Nouvelles Éditions africaines, 1980.
- MACDONALD, D., «A Theory of Mass Culture», *Politics*, febrero de 1944.
- «Culture de masse», *Diogenes*, n. 3, 1953.
- MACHLUP, F., *The Production and Distribution of Knowledge in the United States*, Princeton, N.J., Princeton University Press, 1962.
- MARCUSE, H., *One-Dimensional Man*, Boston, Beacon Press, 1964.
- MARTÍN-BARBERO, J. M., *De los medios a las mediaciones*, Barcelona, G. Gili, 1987.
- MARTÍN-BARBERO, J. M. y MUÑOZ, S., (comps.), *Televisión y melodrama*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1992.
- MARSAL, J., *La crisis de la sociología norteamericana*, Barcelona, Península, 1977.
- MATA, M. C., «Interrogaciones sobre el consumo mediático», *Nueva Sociedad*, Caracas, 1995, n. 140.
- MATELART, A., *Mass media, idéologies et mouvement révolutionnaire*, París, Anthropos, 1974.
- *Multinationales et systèmes de communication*, París, Anthropos, 1976. (trad. cast.: México, Siglo XXI, 1977.)
- *La Communication-monde. Histoire des idées et des stratégies*, París, La Découverte, 1992 (trad. cast.: *La comunicación-mundo. Historia de las ideas y de las estrategias*, Madrid, Fundesco, 1993).

- *L'invention de la communication*, París, La Découverte, 1994 (trad. cast.: *La invención de la comunicación*, Barcelona, Bosch, 1995).
- MATTELART, A. y M., *De l'usage des médias en temps de crise*, París, A. Moreau, 1979 (trad. cast.: México, Siglo XXI, 1981).
- *Penser les médias*, París, La Découverte, 1986, (trad. cast.: *Pensar los medios: comunicación y crítica social*, Madrid, Fundesco, 1987).
- MATTELART, A. y PIEMME, J.-M., *Télévision: enjeux sans frontières*, Grenoble, PUG, 1980.
- MATTELART, A. y M. y DELCOURT, X., *La Culture contre la démocratie? L'audiovisuel à l'ère transnationale*, París, La Découverte, 1983, (trad. cast.: Barcelona, Ed. Mitre, 1984).
- MATTELART, M., *Women, Media, Crisis, Femininity and Disorder*, Londres, Comedia/Methuen, 1986.
- MATTELART, M. y A., *Le Carnaval des images*, París, INA-La Documentation française, 1987, (trad. cast.: *El carnaval de las imágenes: la ficción brasileña*, Akal, Madrid, 1989).
- MATTELART, A. y NEVEU, E., «La institucionalización de los estudios de la comunicación», *Historia de las Cultural Studies*, Madrid, Teles, 1997, n. 49.
- MATURANA, H. y VARELA, F., *Autopoiesis and Cognition*, Boston, D. Reidel, 1980.
- MAYO, E., *The Human Problems of an Industrial Civilization*, Nueva York, MacMillan, 1933.
- MAZZIOTTI, N., *La industria de la telenovela*, Buenos Aires, Paidós, 1996.
- MCDUGALL, W., *The Group Mind*, Cambridge, Cambridge University Press, 1920.
- MC LUHAN, M., *The Gutenberg Galaxy*, Toronto, University of Toronto Press, 1963.
- *Understanding Media*, Nueva York, Mc Graw-Hill, 1964 (trad. cast.: *Comprender los medios de comunicación*, Barcelona, Paidós, 1996).
- MC LUHAN, M. y FIORE, Q., *War and Peace in the Global Village*, Bantam, Nueva York, 1969.
- MEAD, G. H., *Mind, Self and Society*, Chicago, University of Chicago Press, 1934.
- MERLEAU-PONTY, M., *Phénoménologie de la perception* (1945), París, Gallimard, col. «Tel», 1989.
- MERTON, R.K., *Social Theory and Social Structure*, Glencoe, Ill., The Free Press, 1949.
- METZ, C., *Essais sur la signification au cinéma*, 2 vols., París, Klincksieck, 1968-1972.
- MIÈGE, B. y otros, *Capitalisme et industries culturelles*, Grenoble, PUG, 1978.
- *La Société conquise par la communication*, Grenoble, PUG, 1989.
- (comp.), *Médias et communication en Europe*, Grenoble, PUG, 1990.
- MILLS, C. W., *The Power Elite*, Nueva York, Oxford University Press, 1956.
- *The Sociological Imagination* (1959), Harmondsworth, Penguin, 1970.
- *Power, Politics and People*, Nueva York, Oxford University Press, 1963.
- MODLESKI, T., *Loving With a Vengeance*, Londres, Methuen, 1984.
- MOEGLIN, P., «Télématique: de la recherche sur les usages aux usages de la recherche», *Bulletin du CERTEIC*, n. 12, mayo de 1991.
- *Le Satellite éducatif. Média et expérimentation*, París, col. «Réseaux»/CNET, 1994.
- MOLES, A., «Le mur de la communication», *Actes du XV^e Congrès de la ASPLF*, vol. II, 1975.
- MORAGAS, M. DE, *Semiótica y comunicación de masas*, Barcelona, Península/Edicions 62, 1976.
- MORENO, J. P., *Who Shall Survive? Foundations of Sociometry Group Psychotherapy and Sociodrama*, Washington, Nervous and Mental Disease Monograph 58, 1934.
- MORIN, E., *Le Cinéma ou l'homme imaginaire*, París, Minuit, 1956.

- *L'Esprit du temps*. París, Grasset, 1962.
- *La Méthode*, t. 4, *Les Idées*. París, Le Seuil, 1991.
- MORLEY, D., *The Nationwide Audience: Structure and Decoding*, Londres, BFI, 1980.
- *Television, Audiences and Cultural Studies*, Londres, Routledge, 1992.
- MULVEY, L., «Visual Pleasure and Narrative Cinema», *Screen*, vol. 16, n. 3, 1975.
- MUSSO, P., «Métaphores du réseau et de l'organisme: la transition saint-simonienne», en SFEZ, L. y otros (comp.), *Technologies et symboliques de la communication*, Grenoble, PUG, 1990.
- NEVEU, E., *Une société de communication?*, París, Montchrestien, 1994.
- NORA, S. y MINC, A., *L'informatisation de la société*, París, La Documentation française, 1979.
- NORDENSTRENG, K. y VARIS, T., *Television Traffic. A One-Way Street?*, París, Unesco, 1974.
- OHMAE, K., *Triad Power*, Nueva York, Free Press, 1985.
- OROZCO GÓMEZ, G. (comp.), *Miradas latinoamericanas a la televisión*, México, Universidad Iberoamericana, 1996.
- ORTIZ, R., *A Moderna Tradição Brasileira*, Sao Paulo, Brasiliense, 1986.
- ORTIZ, R., BORELLI, S. H. y ORTIZ RAMOS, J., *Telenovela, história e produção*, Sao Paulo, Brasiliense, 1989.
- OSGOOD, C. y otros, *the Measurement of Meaning*, Urbana, Ill., University of Illinois Press, 1957.
- PARK, R. E., *The Immigrant Press and its Control*, Nueva York, Harper, 1922.
- «Human Ecology, *The American Journal of Sociology*, XXII, julio de 1936.
- PARK, R. E. y BURGESS, E., *Introduction to the Science of Sociology*, Chicago, University of Chicago Press, 1921.
- PARSONS, T., *The Structure of Social Action*, Nueva York, Mc Graw-Hill, 1937.
- PASQUALI, A., *Comunicación y cultura de masas*, Caracas, Monte Ávila, 1963.
- PAVLOV, I., *Leçons sur l'activité du cortex cérébral*, París, Legrand, 1929.
- PERICE, C. S., *Écrits sur le signe*, reunidos, traducidos y comentados por G. Deledalle, París, Le Seuil, 1978.
- PERRIAULT, J., *La logique de l'usage. Essai sur les machines à communiquer*, París, Flammarion, 1989.
- PIEMME, J.-M., *La télévision comme on la parle*, Bruselas/París, Labor/Nathan, 1980.
- POLLAK, M., «Paul Lazarsfeld, fondateur d'une multinationale scientifique», *Actes de la recherche en sciences sociales*, n. 25, 1979.
- POOL DE SOLA, I., «Le rôle de la communication dans le processus de la modernisation et du changement technologique», en HOSSELITZ, B. y MOORE, W. (comps.), *Industrialisation et Société*, París, Unesco, 1963.
- (comp.), *Talking Back: Citizen Feed-Back and Cable Technology*, Cambridge, Mass, MIT Press, 1974.
- PORAT, M. U., *The Information Economy: Definition and Measurement*, 9 vols., Washington DC, Government Printing, 1977.
- QUÉRE, L., *Les Miroirs équivoques. Aux origines de la communication moderne*, París, Aubier, 1982.
- «Sociabilité et interaction sociales», *Réseaux*, n. 29, 1988.
- «Les boîtes noires de B. Latour ou le lien social dans la machine», *Réseaux*, junio de 1989, n. 36.
- QUESNAY, F., «Le tableau économique» (1758) en *Œuvres économiques et philosophiques de F. Q.*, edición a cargo de A. Oncken, París, Jules Peelman, 1888.
- QUÉTELET, A., *Sur l'homme et le développement de ses facultés ou essai de physique sociale*, 2 vols., París, Bachelier, 1835.

- RABOV, M. y DAGENAIS, B. (comps.), *Media, Crisis and Democracy: Mass Communication and the Disruption of Social Order*, Londres, Sage, 1992.
- RADCLIFFE-BROWN, A. R., *Structure and Function in Primitive Society*, Londres, Cohen & West, 1961.
- RADWAY, J., *Reading the Romance. Women, Patriarchy and Popular Literature*, Chapel Hill, University of North Carolina, 1984.
- RAYZEL, F., *Géographie politique* (1897), Ginebra, Éditions régionales européennes, 1988.
- REICH, W., *Psychologie de masse du fascisme* (1933), París, Payot, 1974.
- ROGERS, E., *Diffusion of Innovations*, Glencoe, Ill., Free Press, 1962.
- «Communication and Development: The Passing of Dominant Paradigm», *Communication Research*, 1976, vol. 2, n. 2.
- «The Empirical and the Critical Schools of Communication Research», en BURGOON, M., *Communication Yearbook 5*, New Brunswick, N.J., Transaction Books, 1982.
- ROGERS, E. y KINCAID, L., *Communication Networks: Toward a New Paradigm for Research*, Nueva York, Free Press, 1981.
- SACKS, H., «Sociological Description», *Berkeley Journal of Sociology*, n. 8, 1963.
- SAINTE-SIMON, H. DE, *Œuvres de Saint-Simon et Enfantin*, reimpression en 6 vols., París, Anthropos, 1966.
- SARLÓ, B., *El imperio de los sentimientos*, Buenos Aires, Catálogos Ediciones, 1985.
- SARTRE, J.-P., *Qu'est-ce que la littérature?* (1947), París, Gallimard, 1985.
- «Questions de méthode», en *Critique de la raison dialectique*, París, Gallimard, 1960, t. 1.
- SAUSSURE, F. DE, *Cours de linguistique générale* (1906-1911), París, Payot, 1962.
- SCHILLER, H., *Mass Communications and American Empire*, Boston, Mass., Beacon Press, 1969.
- *Communication and Cultural Domination*, Nueva York, Sharpe, 1976.
- *Culture Inc. The Corporate Takeover of Public Expression*, Nueva York-Oxford, Oxford University Press, 1989.
- SCHLESINGER, P., *Media, State, Nation. Political Violence and Collective Identities*, Londres, Sage, 1991.
- SCHMUELER, H., «La investigación sobre comunicación masiva», *Comunicación y Cultura*, Buenos Aires, n. 4, 1974.
- SCHMUELER, H., *Memoria de la Comunicación*, Buenos Aires, Biblos, 1997.
- SCHRAMM, W., *Mass Media and National Development. The Role of Information in Developing Countries*, Stanford University Press, 1964.
- SCHRAMM, W. (comp.), *The Process and Effects of Mass Communication*, Urbana, University of Illinois Press, 1970.
- SCHRÖDINGER, E., *What Is Life?* (1943), Nueva York, Doubleday, 1956.
- SCHÜTZ, A., *Collected Papers*, La Haya, Martinus Nijhoff, 1971.
- SERRANO, M. M., *La mediación social*, Madrid, Akal, 1977.
- SFEZ, L., *Critique de la communication*, París, Le Seuil, 1988.
- SHANNON, C. y WEAVER, W., *The Mathematical Theory of Communication*, Urbana-Champaign, Ill., University of Illinois Press, 1949.
- SHILS, E., «Mass Society and its Culture», *Daedalus*, vol. 89, n. 2, 1960.
- *The Intellectuals and the Powers and Other Essays*, Chicago, University of Chicago Press, 1972.
- SIGHELE, S., *La Foule criminelle. Essai de psychologie collective* (1891), París, Alcan, 1901, 2.ª ed.
- SILVERSTONE, R., *Television and Everyday Life*, Londres, Routledge, 1994.
- SIMMEL, G., «Métropoles et mentalité» (1903); «Digressions sur l'étranger» (1908),

- en GHAFMEYER, Y. y JOSEPH, I. (comps.), *L'École de Chicago*, París, Éditions du Champ urbain, 1971 y París, Aubier, 1984.
- *The Web of Group-Affiliations*, Nueva York, Free Press, 1964.
- SIMONDON, G., *Du monde d'existence des objets techniques*, París, Aubier, 1969.
- SMITH, A., *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* (1779), Londres, Methuen, 1930 (5.ª ed.)
- SMYTHE, D. W., «Communication: A Blindspot of Wester Marxism», *Canadian Journal of Political and Social Theory*, vol. I, n. 3, 1977.
- SPENCER, H., *Principles of Sociology*, Londres, Williams & Norgate, 1876-1896, en 3 vols.
- STIEGLER, B., *La Technique et le Temps* (t. 1), París, Galilée, 1994.
- STOURDZÉ, Y., «Généalogie des télécommunications françaises» (1978) en *Pour une poignée d'électrons. Pouvoir et communication*, París, Fayard, 1987 (también GIRAUD y OTROS).
- TARDE, G., *Les Lois de l'imitation. Étude sociologique*, París, Alcan, 1890.
- *L'Opinion et la Foule*, París, Alcan, 1901.
- TCHAKHOTINE, S., *Le Viol des foules par la propagande politique* (1939), París, Gallimard, 1952.
- THOMPSON, E. P., *The Making of English Working Class*, Harmondsworth, Penguin, 1968.
- TIERCELIN, C., *C.S. Peirce et le pragmatisme*, París, PUF, 1993.
- TREMBLAY, G. (comp.), *Les Industries de la culture et de la communication au Québec et au Canada*, Montreal, Presses de l'université du Québec, 1990.
- TUNSTALL, J., *The Media Are American*, Londres, Constable, 1977.
- VARELA, F., *Connaitre les sciences cognitives*, París, Le Seuil, 1989.
- VARELA, F., THOMPSON, E. y ROSCH, E., *L'Inscription corporelle de l'esprit. Sciences cognitives et expérience humaine*, París, Le Seuil, 1993.
- VATTIMO, G., *La sociedad transparente*, 1.ª ed., 2.ª reimp., Barcelona, Paidós, 1994.
- VEDEL, T., «Sociologie des innovations technologiques et usagers: Introduction à une socio-politique des usages», en VITALIS (*infra*).
- VERON, E., *La Semiosis sociale*, París, Presses universitaires de Vincennes, 1988.
- VINCENT, J.-M., «La sociologie en contrepoint», *L'Homme et la société*, n. 97, 1900, 3.
- VIRILIO, P., *L'Inertie polaire*, París, Christian Bourgois, 1990.
- VITALIS, A. (comp.), *Médias et nouvelles technologies. Pour une socio-politique des usages*, Rennes, Apogée (CERCI-Rennes 2), 1994.
- WALLERSTEIN, I., *Historical Capitalism*, Londres, Verso, 1983.
- WARFELLA, E. y REEVES, B., «Historial Trends in Research on Children and the Media: 1900-1960», *Journal of Communication*, primavera de 1985, vol. 35, n. 2.
- WATSON, J., *Behavior: An Introduction to Comparative Psychology*, Nueva York, Holt, 1914.
- WATZLAWICK, P. y OTROS, *Pragmatics of Human Communication*, Nueva York, Norton, 1967.
- WESTLEY, B. y MC LEAN, M., «A Conceptual Mode of Communication Research», *Journalism Quarterly*, n. 34, 1957.
- WIENER, N., *Cybernetics or Control and Communication in the Animal and the Machine*, París, Hermann, 1948.
- WILLIAMS, R., *Culture and Society: 1780-1950* (1958), Harmondsworth, Penguin, 1961.
- «Advertising: The Magic System», *New Left Review*, 1960, n. 4 (rev. en 1980).
- *The Long Revolution*, Harmondsworth, Penguin, 1965.
- *Television: Technology and Cultural Form*, Londres, Fontana, 1974 (extracto publicado en *Réseaux*, n. 44-45, 1990).

- *The Sociology of Culture*, Nueva York, Schocken Books, 1981.
 WINKIN, Y. (comp.), *La Nouvelle Communication*, París, Le Seuil, 1984.
 WITTGENSTEIN, L., *Philosophical Investigations* (1953), Oxford, Blackwell, 1963.
 WOLF, M., *Gli Apparati delle comunicazioni di massa*, Bolonia, Guaraldi, 1977.
 — *Le Discrete influenze. Gli effetti a lungo termine dei media*, Milán, Bompiani, 1990.

Antologías

- BOUGNOUX, D. (comp.), *Sciences de l'information et de la communication. Textes essentiels*, París, Larousse, 1993.
 BRUNSDON, C., D'ARCI, J. y SPIGEL, L. (comps.), *Feminist Television Criticism. A Reader*, Oxford, Oxford University Press, 1997.
 CURRAN, J. y GUREVITCH, M. (comps.), *Mass Communication and Society*, Londres, Edward Arnold, 1991.
 DURING, S. (comp.), *The Cultural Studies Reader*, Londres, Routledge, 1993.
 MARTÍN BARBERO, J. y SILVA, A. (comps.), *Proyectar la comunicación*, Bogotá, TM Editores, 1997.
 MORAGAS, M. DE (comp.), *Sociología de la comunicación de masas*, 4 vols., Barcelona, Gustavo Gili, 1985.

Revistas

- Causas y Azares* (Buenos Aires).
Communication (Québec).
Communication Theory (Austin-Nueva York).
Communication Research Trends (San Luis, EE.UU.).
Communications (París).
Día-Logos (Lima), publicación ligada a la «Red iberoamericana de revistas de comunicación y cultura», que comprende una quincena de revistas editadas en diferentes países de América Latina.
Hermès (París).
Journal of Communication (Filadelfia).
Journal of European Communication (Londres).
Journal of International Communication (Sydney).
Media, Culture & Society (Londres).
Public Opinion Quarterly (Chicago).
Réseaux (París).
Telos (Madrid).

Índice de nombres

- Adorno, T., 52-54, 56-58, 97
Ahmae, K., 114
Allemand, É., 67
Allen, 115
Allor, M., 109
Althabe, G., 93, 94
Althusser, L., 64, 69, 73
Appadurai, A., 115
Arnold, M., 70
Austin, J.L., 95
Avery, O., 44
- Babbage, C., 15
Bakhtin, M., 73, 98
Blandier, G., 125
Balibar, É., 64
Baran, P., 78
Barthes, R., 60, 61, 63, 73, 74, 99
Bateson, G., 48, 108
Baudrillard, J., 68, 122, 123
Bauer, R.A., 45
- Bautier, R., 115
Beaud, P., 39
Bell, D., 58, 59, 86, 117
Bellamy, E., 22
Beltran, L.R., 36, 82
Beniger, R., 15
Benjamin, W., 55, 73
Bentham, J., 67
Berelson, B., 30, 35
Berger, P., 96
Berlo, D.K., 43
Bertillon, A., 19
Betteini, G., 63
Birdwhistell, 48
Blumer, H., 92, 93
Blumler, J., 102
Bordenave, J.D., 36
Borelli, S.H., 115
Bougnoux, D., 26
Boullier, D., 104
Bourdieu, P., 65, 66

- Bourricaud, F., 34
 Boyd-Barrett, J.O., 80
 Braudel, F., 78
 Breton, P., 47
 Brunsdon, C., 75, 101
 Brzezinski, Z., 85, 86, 114
 Burgess, E.W., 24
 Burroughs, W.S., 126
 Bustamante, E., 84
 Butler, S., 22
- Callon, M., 109
 Cantril, H., 29
 Capriles, O., 82
 Ceneca, 115
 Certeau (de), M., 104, 105
 Cesáreo, G., 85
 Chappe, C., 14
 Charcot, J.M., 20
 Cicourel, A.V., 91, 95
 Cooley, C.H., 27, 33
 Crick, F., 44
 Crossley, A., 29
 Curran, J., 103
- Dagenais, B., 115
 Darwin, C., 15
 Dayan, D., 103
 De Fleur, M., 45
 Debord, G., 65
 Debray, R., 121
 Delcourt, X., 84
 Deledalle, G., 26
 Deleuze, G., 126
 Desrosières, A., 18
 Deutsch, K.W., 45
 Dewey, J., 27
 Dexter, L.A., 45
 Dichter, E., 37
 Drucker, P., 119
 Durand, J., 63
 Durkheim, É., 21, 32
- Eagleton, T., 70, 71, 98
 Easton, D., 45
 Eco, U., 26, 63, 99, 117
 Élias, N., 31, 32
 Ellul, J., 88
 Enzensberger, H.M., 68
 Escarpit, r., 99
 Establet, R., 64
- Ewald, F., 18
 Ewen, S., 80
 Fabbri, P., 63
 Fiore, Q., 85
 Fiske, J., 104
 Flichy, P., 83, 104
 Fomel, de, M., 93
 Foucault, M., 66, 67, 104, 112
 Fox, E., 82
 Freire, P., 82
 Fresnault-Deruelle, P., 63
 Freud, S., 20, 21, 37, 52
 Friedmann, G., 61, 64
 Fuenzalida, V., 115
 Fukuyama, F., 114
- Gallup, G.H., 29
 Galton, F., 19
 Galtung, J., 80
 Garaudy, R., 64
 García Canclini, N., 115
 Garfinkel, H., 90, 91, 94
 Garnham, N., 84, 85, 115
 Gaudet, H., 29, 35
 Geddes, P., 22
 Geertz, C., 101
 Giddens, A., 94
 Giraud, A., 87
 Girsic, 121
 Glucksmann, A., 63
 Goffman, E., 48, 93
 Golding, P., 80
 Goldman, L., 73
 Goody, J., 121
 Gramsci, A., 73
 Grandi, R., 85
 Grebner, G., 80
 Greimas, A.-J., 60, 63
 Gritti, J., 63
 Guattari, F., 114, 121, 122
 Guback, T., 80
 Gubern, R., 84
- Habermas, J., 10, 57, 58, 96-98
 Haeckel, E., 24
 Hall, E.T., 48, 49, 83
 Hall, S., 71, 74, 100
 Hamelink, C., 80
 Hartley, V.L., 42
 Heritage, J., 91
 Hermosilla, M.E., 115

- Herzog, H., 29, 37
 Hoggart, R., 71, 72, 100
 Horkheimer, M., 52-58
 Hovland, C., 32, 38
 Husserl, E., 56, 112

 Innis, H.A., 120
 Iribarne (d'), P., 119
 Iser, W., 99

 Jacob, F., 44
 Jahoda, M., 33
 Jakobson, R., 62, 69
 Jameson, F., 117, 119
 Jauss, H.R., 99
 Javeau, C., 21
 Jouët, J., 104

 Kaerzevsky, S., 62
 Katz, E., 35, 102, 109
 Kcane, J., 115
 Kincaid, L., 108
 Kracauer, S., 55
 Kristeva, J., 63
 Kropotkin, P., 22

 Lacroix, J.G., 84
 Lasswell, H.D., 28-32, 45
 Latour, B., 109
 Laulan, A.M., 104
 Lazarsfeld, P.F., 31-38, 53, 79, 93
 Le Bon, G., 19, 20, 28
 Leavis, F.R., 70, 71
 Lefebvre, H., 40, 69
 Lerner, D., 36
 Lévesque, B., 84
 Lévi-Strauss, C., 62, 74
 Levitt, T., 118
 Lévy, P., 119, 120
 Lewin, K., 32, 38, 39
 Liebes, T., 102
 Lombroso, C., 19
 Löwenthal, L., 52, 56
 Luckmann, T., 96
 Luhmann, N., 97, 98
 Lukaes, G., 73
 Lull, J., 100
 L'woff, F., 44
 Lyotard, J.F., 116, 119

 M'Bow, A.M., 82
 MacBride, S., 82
 MacDonald, D., 58, 59
 Macherey, P., 64
 Machlup, F., 87
 Malinowski, B., 32
 Marcuse, H., 56, 57, 58
 Markov, A.A., 42
 Marsal, J., 93
 Martín-Barbero, J.M., 115
 Marx, K., 52, 56, 64, 78
 Mata, M.C., 103
 Mattelart, A., 17, 82, 84, 104, 114
 Mattelart, M., 82, 84, 101, 104
 Maturana, H., 111
 Mayo, E., 37
 Mazziotti, N., 115
 McDougall, W., 28
 McLean, M., 43
 McLuhan, M., 10, 120, 121
 Mead, G.H., 27, 90, 92, 96
 Merleau-Ponty, M., 112
 Merton, R.K., 31, 32, 34
 Metz, C., 63, 64
 Mige, B., 83, 115
 Mill, J.S., 14
 Mills, C.W., 39, 40, 80
 Minc, A., 87
 Modleski, T., 101
 Moeglin, P., 104
 Moles, A., 46, 63
 Monod, J., 44
 Moragas (de), M., 84
 Moreno, J.L., 108
 Morin, E., 61, 63
 Morin, V., 63
 Morley, D., 75, 100, 102
 Morris, W., 22
 Mulvey, L., 101
 Muñoz, S., 115
 Munsterberg, H., 37
 Musso, P., 15

 Neveu, E., 101, 115
 Nora, S., 87
 Nordenstreng, K., 80

 Orozco Gómez, G., 115
 Ortiz Ramos, J., 115
 Osgood, C., 43

- Palmer, M., 80
 Park, R.F., 23-25, 27, 33, 118
 Parsons, T., 34, 90, 96
 Pascal, B., 18
 Pasquali, A., 82
 Passeron, J.C., 66
 Pavlov, I.P., 28, 29
 Peirce, C.S., 26
 Péninou, G., 63
 Perriault, J., 104
 Piemme, J.M., 39, 84
 Pollak, M., 37
 Pollock, F., 52
 Pool (de Sola), I., 36, 45, 46, 87
 Porat, M.U., 86, 87
 Proulx, S., 47

 Quééré, L., 21, 110, 115
 Quesnay, F., 14
 Quételet, A., 18, 19, 37

 Raboy, M., 115
 Radcliffe-Brown, A.R., 32
 Radway, J., 100
 Rancière, J., 64
 Ratzel, F., 17
 Reeves, B., 31
 Reich, W., 52
 Richeri, G., 85
 Rogers, E., 36, 107, 108, 109
 Roper, 29
 Rosch, E., 112
 Rosenberg, M., 37

 Sacks, H., 91
 Saint-Simon (de), C.H., 15, 16
 Sarló, B., 115
 Artre, J.-P., 73, 99
 Saussure (de), F., 59, 60, 62
 Schiller, H., 79, 80
 Schlesinger, P., 115
 Schmucler, H., 82, 101
 Schramm, W., 36, 43
 Schrödinger, E., 44
 Schütz, A., 92, 96
 Serrano, M.M., 84
 Shannon, C.E., 41-47
 Shils, E., 58, 59
 Sighele, S., 19, 20
 Silverstone, R., 103

 Simmel, 21, 24
 Simmel, G., 21, 24, 56, 90, 93-94, 108
 Simondon, G., 110
 Smith A., 13
 Smythe, D., 84, 85
 Spencer, 15, 16, 24
 Stanton, F., 32
 Stiegler, B., 121
 Stourdézé, Y., 87
 Sue, E., 15

 Tarde, G., 20, 21, 24
 Tchakhotine, S., 29
 Thompson, E.P., 72, 112
 Tiercelin, C., 26
 Tremblay, G., 84
 Toubetsky, N.S., 62
 Tunstall, J., 80
 Turing, A., 42

 Varela, F.J., 111
 Varis, T., 80
 Vattimo, G., 122, 123
 Vedel, T., 104
 Verne, J., 15
 Veron, E., 26, 63
 Vincent, J.-M., 98
 Virilio, P., 122, 123
 Vitalis, A., 104
 Von Bertalanffy, L., 44
 Von Neumann, J., 42

 Wallerstein, I., 78
 Wartella, E., 31
 Watson, J., 28, 44
 Watzlawick, P., 48, 49, 50
 Weaver, W., 42
 Welles, O., 29
 Wells, H.G., 29
 Westley, B., 43
 Whannel, P., 71
 Wiener, N., 43, 46-48
 Wilder, C., 49, 50
 Williams, R., 71, 72
 Winkin, Y., 48
 Wittgenstein, L., 95
 Wolf, M., 85, 103

 Zallo R., 84
 Zeisel, H., 33

**Historia de las teorías
de la comunicación**
A. Mattelart/ M. Mattelart

¿Dónde situar el comienzo de un pensamiento organizado sobre la comunicación? ¿Cómo puede abarcar este campo de conocimiento teorías y doctrinas tan diversas como las de Marshall McLuhan y Jürgen Habermas? ¿Qué filiación establecer entre el análisis estructural de Roland Barthes y los *Cultural Studies* británicos? ¿Cómo explicar el florecimiento y el declive de la sociología empirista de los *media* en los Estados Unidos? Las respuestas a estas y otras muchas preguntas proceden de una única fuente, el carácter interdisciplinar de las ciencias de la información y de la comunicación, que los autores de este libro toman como punto de partida para realizar tres tareas esenciales: establecer el mapa internacional de las corrientes, las tendencias y las escuelas; mostrar los flujos y reflujos de las diversas problemáticas; y, finalmente, revelar la dinámica profunda de un sector más proyectado que nunca hacia el centro de las contradictorias apuestas políticas y culturales de la actualidad.

Armand Mattelart es profesor de Ciencias de la Información y de la Comunicación en la Universidad de París VIII. Michèle Mattelart es ensayista e investigadora. El primero de ellos, en concreto, es autor de libros como *La publicidad*, *La mundialización de la comunicación* o *América Latina en la encrucijada telemática* (con Héctor Schmucler), todos igualmente publicados por Paidós.

Paidós Comunicación

ISBN 84-493-0344-3



9 788449 303449